

# Consecución y usos del poder por las elites parlamentarias en el siglo XIX: La familia Alvear y Ward

Francisco Miguel Espino Jiménez\*

UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

## 1. INTRODUCCIÓN

En el siglo XIX tuvo lugar la irrupción y consolidamiento del liberalismo en España, imponiéndose una de sus vertientes, la doctrinaria, vigente en la mayor parte del ochocientos, cuyos rasgos más significativos eran la implantación del sufragio censitario, el otorgamiento del voto a las «capacidades» y la soberanía compartida entre las Cortes y la Corona<sup>1</sup>. A esto debemos sumar que durante este período se desarrolló de forma fulgurante el constitucionalismo, teniendo en cuenta que cinco de las siete constituciones habidas en la Historia Contemporánea española -las de 1812, 1837, 1845, 1869 y 1876- fueron decimonónicas, sin olvidar las diversas constituciones *non natas* y, los numerosos proyectos y leyes constitucionales que se elaboraron durante el mismo. Además, se llevó a cabo la articulación de la Monarquía constitucional y de las instituciones representativas, y se asistió al nacimiento de los primeros partidos políticos.

Por otro lado, en cuanto al desarrollo del parlamentarismo, teniendo presente la escasa vigencia de las Cortes gaditanas y las del Trienio, fue durante el reinado de Isabel II cuando aquél adquirió un mayor empuje y afianzamiento<sup>2</sup>, generalmente bajo las premisas doctrinarias, con sus innegables consecuencias en la sociedad española. Precisamente, respecto a las Cortes isabelinas, el profesor Cuenca Toribio afirma:

«Este liberalismo templado [refiriéndose a doctrinario], en el que el órgano legislativo desempeñaba un papel axial y grávido de posibilidades, constituía la mejor expresión de los cambios del poder social que se operaban festinadamente bajo la mirada un tanto estupefacta de los contemporáneos. Llevada a cabo, con mayor rapidez de lo previsible, la parlamentarización formal de la monarquía, quedaba expedito el camino para la aclimatación de los usos y costumbres del sistema representativo de base censitaria; cuya

ampliación, así como su ritmo de implantación institucional supusieron quizá los únicos puntos de franco desacuerdo entre los componentes de la escuela doctrinaria [...].

El consolidamiento del nuevo régimen [...] evidencia, de modo irrefragable, el éxito que le acompañó en su tarea de atracción e identificación de la escuela doctrinaria [...] con un sistema representativo aún en estado embrionario, pero cuyo desarrollo hacia la adultez estaba escrito en la propia evolución económica y social. Aunque es cierto que, salvo en las fases progresistas, usufructuaron todos los medios del poder, pocos ejemplos presenta la historia en los que, con exclusión de medidas coercitivas, una minoría político-intelectual haya realizado con mayor prontitud y eficacia la ideologización e indoctrinamiento de una sociedad inmóvil y retrógrada.»<sup>3</sup>

En este marco, con el presente artículo, analizamos la forma en que una familia originaria de la baja nobleza de provincias llegó a acceder y a intervenir en la política nacional española del siglo XIX a través de su papel parlamentario, y cómo utilizó su posición privilegiada para atraerse influencias, formar parte de las clientelas políticas, ascender de forma fulgurante en la clasista sociedad decimonónica, lograr beneficios profesionales y conseguir su fortalecimiento económico.

Esta conexión con la oligarquía gobernante fue, al parecer, bastante común en la época, dado que, según Jesús Cruz, los políticos españoles que protagonizaron la revolución liberal y que ocuparon los principales cargos del Estado constitucional eran hidalgos de provincias, cuyo ascenso social fue asimilado por la vieja aristocracia, garantizándose la dominación de una élite antigua a través de prácticas sociales tradicionales -relaciones de parentesco, amistad y paisanaje-, al mismo tiempo que se ofrecía un margen de flexibilidad social suficiente como para no poner en peligro las bases del orden social, siendo ésta una práctica generalizada ya en el Antiguo Régimen. Por lo tanto, la movilidad interna de la sociedad decimonónica fue el resultado

\* Investigador del Proyecto de I+D del Ministerio de Educación y Ciencia. *Regulación social e instituciones en Andalucía* (BHA 2002-02713).

<sup>1</sup>Sobre sus rasgos y orígenes L. DÍEZ DEL CORRAL, *El Liberalismo Doctrinario*, Madrid, 1973. Vid. etiam, J. L. COMELLAS, *La teoría del régimen liberal español*, Madrid, 1962.

<sup>2</sup>En relación a la dinámica política experimentada en las Cortes y el juego efectivo entre los poderes del Estado isabelino destaca la minuciosa obra de J. I. MARQUELLO BENEDICTO, *La práctica parlamentaria en el reinado de Isabel II*, Madrid, 1986.

<sup>3</sup>*Parlamentarismo y antiparlamentarismo en España*, Madrid, 1995, p. 21.

de empujes horizontales y no del ascenso de una nueva clase<sup>4</sup>.

Desde luego, el estudio de la familia Alvear tiene multitud de ventajas historiográficas, que ya enunció Christian Windler, afirmando:

«Las elites locales articularon poco a poco sus intereses también fuera del municipio. Con ello influyeron activamente en las estructuras estatales que se estaban conformando. A partir del ejemplo de los Alvear y de los Alcalá Zamora, hemos podido ver el modo en que determinadas familias de notables intervinieron en la política nacional después de 1808. Los ejemplos ponen de manifiesto el interés de las biografías colectivas de las elites locales en los siglos XVIII y XIX. Lo mismo que en el caso de las modificaciones en la estructura de la propiedad y las pautas de conducta de las nuevas capas propietarias, estudios sobre familias concretas, con la ventaja de un seguimiento cronológico más prolongado y de un análisis más fino, podrían completar las investigaciones ya existentes, centradas generalmente en municipios o regiones.»<sup>5</sup>

A este respecto, con este trabajo esperamos arrojar más luz sobre esta saga<sup>6</sup>, cuyo estudio puede servir como significativa aportación al conocimiento de la evolución política, económica y social de las elites locales que progresivamente fueron ocupando ámbitos de poder más allá de su lugar de origen, contribuyendo de este modo a la reconstrucción de los vínculos personales y los fundamentos del poder y del prestigio de la oligarquía gobernante de la España del siglo XIX.

Finalmente, expresamos nuestro más profundo agradecimiento a Juan Bosco Alvear Zubiría, quien amablemente nos ha facilitado el acceso a documentos privados de su familia, de gran interés para la elaboración de este estudio.

## 2. LOS ALVEAR: QUIÉN ES QUIÉN.

Los antecedentes más remotos de la familia Alvear se encuentran en el valle de Arás (entre las provincias de Burgos y Cantabria) y en Nájera (La Rioja), donde, al parecer, eran contadores reales, alcaides y gobernadores en el mencionado ducado riojano<sup>7</sup>.

La llegada a Córdoba de los Alvear tuvo lugar a fines del siglo XVII, cuando Juan Bautista García de Alvear y Garnica (Nájera, 18-VII-1657/¿?) se estableció en Fuente

Obejuna como administrador de las rentas reales, casándose en segundas nupcias con la cordobesa Francisca Josefa Rajadel-Escalera y Castillejo en 1693.

Uno de los hijos de este matrimonio, Diego Sebastián de Alvear y Rajadel-Escalera (Fuente Obejuna, 12-XI-1697/Montilla, 20-XII-1765), casado en 1719 con María de Morales y Navarro (Chillón 8-VII-1689/¿?), alcanzó el puesto de tesoro general de rentas del duque de Medinaceli, trasladándose a Montilla, entonces sede de la administración de las propiedades de dicho ducado en Córdoba, adquiriendo tierras y siendo el fundador en 1729 de la afamada bodega familiar, hasta convertirse en uno de los hombres más poderosos de la localidad, posibilitando que en la segunda mitad del XVIII la familia disfrutara de una destacada posición de poder en esta ciudad del sur de Córdoba, basada tanto en sus relaciones clientelares con agentes de poderes externos como en su excelente situación económica<sup>8</sup>.

Este matrimonio tuvo tres hijos: uno fallecido en la infancia, Santiago María (Córdoba 30-VII-1725/Montilla, 17-IV-1799) y Juan Nicolás de Alvear y Morales (¿?/Montilla, 10-I-1807, presbítero). Santiago, hidalgo según carta ejecutoria de la Chancillería de Granada de 1780, regidor y síndico personero de Montilla, se casó en 1746 con Escolástica Fernández y Ponce de León (El Puerto de Santa María, 17-II-1729/Montilla, 14-XI-1786), hija del licenciado Juan Luis Fernández Ponce de León y Arnedo (corregidor de El Puerto de Santa María, Lucena, Aguilar y Montilla, gobernador de Zafra y justicia mayor del ducado de Feria). De este enlace nacieron varios hijos -véase árbol genealógico-

### 2.1. Diego de Alvear y Ponce de León.

El primer hijo varón de aquel matrimonio que tuvo descendencia fue Diego de Alvear y Ponce de León (Montilla, 13-XI-1749/Madrid, 15-I-1830)<sup>9</sup>, quien adquirió una reputada fama como oficial y geógrafo de la Armada, participando en diversas expediciones. De hecho, fue comisario de la segunda comisión de límites entre España y Portugal en América del Sur, cuyo fin era ejecutar el tratado preliminar de 1777, puesto que desempeñó hasta 1801, es decir, durante 24 años, explorando los ríos Paraná y Uruguay, y la zona de las misiones jesuíticas. Precisamente, durante su estancia en el Río de la Plata se casó con María Josefa Balbastro y Dávila (Buenos Aires, 11-IX-1759/Cabo de Santa María, 5-X-1804), miembro de una insignie estirpe criolla, con la que tuvo trece hijos. Sin embargo, esta familia nume-

<sup>4</sup>Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española, Madrid, 2000, pp. 165-6.

<sup>5</sup>Elites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y Monarquía hacia finales del Antiguo Régimen, Sevilla, 1997, p. 420.

<sup>6</sup>Sobre la familia Alvear ya hemos realizado varios trabajos, analizando sus orígenes y fulgurante escalada en la clasista sociedad del ochocientos hasta entroncar con la aristocracia de rancio abolengo (cfr. «Génesis y ascenso de la elite social andaluza del siglo XIX: los Alvear», *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía* [en prensa]), y su marcado perfil intelectual (cfr. «Contribución a la historia social de la cultura española decimonónica: La biblioteca de la familia Alvear a mediados del siglo XIX» y «El Catálogo de la Biblioteca de los señores de Alvear (1852)», *Ámbitos* 5-6 (2001), pp. 55-74 y 128-151, respectivamente).

<sup>7</sup>Cfr. F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, *Historia genealógica y heráldica de la Monarquía española. Casa Real y Grandes de España*, tomo V, Madrid, 1904, pp. 373-6. C. CALVO, *Nobiliario del Antiguo Virreynato del Río de la Plata*, vol. III, Buenos Aires, 1938, p. 169.

<sup>8</sup>C. WINDLER, *op. cit.*, pp. 91-2.

<sup>9</sup>Sobre los antecedentes familiares, biografía y prolífica descendencia de este ilustre marino: Archivo General de la Marina Álvaro de Bazán [en adelante A. G. M. A. B.], Hoja de servicios de Diego de Alvear y Ponce de León, Sección de Personal. Cuerpo General-Oficiales de Guerra, leg. 620/47. Archivo General Militar de Segovia [en adelante A. G. M. SG.], Expediente de Diego Alvear Ponce de León, sección 1ª «Personal», leg. A963. S. ALVEAR Y WARD, *Historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León*, Madrid, 1891. G. F. RODRÍGUEZ, *Historia de Alvear*, Buenos Aires, 1913. P. FERNÁNDEZ LALANNE, *Los Alvear*, Buenos Aires, 1980.

rosa tuvo un fin trágico, dado que en 1804 la escuadra en la que regresaban a España fue atacada en las proximidades del Estrecho por barcos ingleses, pereciendo en el combate todos, salvo el patriarca y uno de sus hijos, el afamado líder de la independencia argentina Carlos de Alvear y Balbastro, que fueron conducidos a Gran Bretaña.

Durante su estancia primero en Plymouth y luego en Londres, Alvear, con el apoyo de la opinión pública inglesa, reclamó una indemnización al gobierno británico por la pérdida de su familia y sus cuantiosos bienes (al parecer, transportaba en el barco hundido 51.000 pesos fuertes entre plata, oro y equipaje, más otros 41.000 pesos fuertes correspondientes a sus soldadas), recibiendo en compensación una auténtica fortuna (21.647 libras esterlinas), al mismo tiempo que fue bien atendido, sobre todo por el ministro de Marina, George Caning, por el primer ministro, Pitt, y por el propio Jorge III.

Como fruto de estas relaciones y de frecuentar los salones de la alta sociedad londinense, conoció a Luisa Ward (Ostende, 31-VII-1786/Madrid 6-VIII-1859), descendiente de una familia de comerciantes de origen irlandés, con la que contrajo segundas nupcias primero en Londres (1805) y luego en Montilla (1807), cuando Alvear tenía 57 años y su flamante prometida sólo 19, dando lugar a una nueva y numerosa prole -véase árbol genealógico-.

Vuelto a España a principios de 1806, tras ser recibido en audiencia por Carlos IV y dar cuenta de sus trabajos en América a Godoy, se incorporó ya avanzado el año 1807 al Departamento de Cádiz, ocupando los puestos de comisario provincial y comandante del cuerpo de brigadas de artillería.

Durante su estancia en la antigua *Gades*, estalló la Guerra de la Independencia, siendo nombrado vocal de la Junta de Gobierno y participando, al mando de la artillería del Arsenal de La Carraca, en la rendición de la escuadra francesa surta en la bahía gaditana. A continuación, ante el asalto francés a la ciudad, intervino en su defensa de forma destacada, lo que le valió el nombramiento de corregidor de la Isla de León (1810), cargo que coincidió con el traslado a esta población de la capital de la zona no ocupada, dado que Cádiz estaba afectada por una epidemia, por lo que debió encargarse, entre otros problemas, de alojar al organigrama administrativo de la Regencia y organizar la instalación de las primeras Cortes de la Contemporaneidad española, y todo ello en el marco del asedio galo. Pese a que tan solo un año después fue cesado, su trabajo fue recompensado con el nombramiento de brigadier de la Armada.

Posteriormente, una vez finalizado el Trienio Liberal y vuelto el absolutismo, dado su apoyo al liberalismo, el patriarca de los Alvear fue sometido a un «proceso de purificación», siendo declarado «impurificado», decretándose su expulsión de la Marina, aunque, poco tiempo después,

Fernando VII dispuso devolverle su empleo, honores y distinciones, una vez reabierto su sumario y tras la presentación de nuevos informes de destacadas autoridades civiles y militares muy favorables para Alvear.

Desde luego, pese a que dadas las circunstancias lo intentaran ocultar, la familia Alvear apostó por el sistema liberal, con las nefastas consecuencias que ello les supuso<sup>10</sup>, especialmente a Diego, quien, aparte de ser procesado y expulsado de la Marina, invirtió toda la fortuna que poseía en bancos franceses en la compra de bonos de las Cortes, quedando sin valor tras la vuelta del absolutismo. Además, según su hija Sabina:

«Alvear, que había reprobado las violencias de aquellas opiniones absolutistas y reaccionarias anteriores, así como las continuas conspiraciones y conatos de rebelión contra el gobierno constitucional, restablecido que fue, no podía luego tampoco aplaudir la exaltación de ideas que fue empujando a los partidos liberales hasta tomar medidas igualmente violentas y arbitrarias que, lastimando las tradiciones monárquicas y aún religiosas de la nación, perturbaban el orden interior, conculcaban derechos e instituciones respetables, y llegaron de tal modo a alarmar a las potencias extranjeras, temerosas de nuevos sacudimientos revolucionarios, que hubieron de imponerse interviniendo osadamente hasta disponer aquella humillante invasión.»<sup>11</sup>

Estos recuerdos nos indican que Alvear, quien fuera espectador de primera fila de la obra de las Cortes de Cádiz, ideológicamente se enmarcaba dentro de la corriente liberal «doceañista», partidaria de una transacción con la Corona para integrarla en el régimen constitucional, frente a los «veinteañistas» o «exaltados» -tendientes a introducir reformas radicales y un recorte en el papel del monarca-, es decir, dentro de los que veían positivos la introducción de cambios políticos, aunque apoyaban a la Monarquía y a la Iglesia, y temían una revolución popular, que podía poner en peligro su privilegiada posición socioeconómica.

Por otro lado, como ya hemos comentado, Diego Alvear logró su rehabilitación, pero su esposa le convenció para que reclamara los perjuicios causados por su expulsión. Con tal fin, emprendió viaje a Madrid, marchando a caballo pese a ser ya octogenario, consiguiendo gracias a sus influyentes amistades<sup>12</sup> integrarse en la Corte y ser presentado al Rey. Sin embargo, como consecuencia de las duras condiciones de su traslado, el 15 de enero de 1830 falleció.

En definitiva, Diego de Alvear y Ponce de León poseía un sustancial pensamiento, con una clara base ilustrada, uniendo a sus amplios conocimientos de los clásicos una marcada formación científica, militar y marinera, expresándose correctamente en siete idiomas (español, latín, francés, inglés, italiano, portugués y guaraní), como fruto

<sup>10</sup>De hecho, José María, Manuel y Miguel de Alvear Ponce de León fueron encarcelados, los dos primeros en Córdoba y el último en Cádiz, acusados de ser liberales. S. ALVEAR Y WARD, *op. cit.*, p. 276.

<sup>11</sup>*Ibid.*, p. 269.

<sup>12</sup>Nada más llegar a la capital de España fue visitado por dos compañeros de su época de guardiamarina, el capitán general de la Armada Juan María Villavicencio y el teniente general Apodaca, conde de Venadito, así como por los generales Castaños, Venegas, marqués de Zambrano -a la sazón ministro de la Guerra-, por el ministro de Marina, por los duques de Medinaceli y la condesa-duquesa de Benavente. *Ibid.*, pp. 293-303.

de sus numerosos viajes de exploración en Sudamérica y de su segundo matrimonio con una ciudadana británica, lo que a su vez le permitió conocer diferentes culturas. Todo lo cual influyó en que desarrollara una mentalidad abierta e innovadora, defendiendo y llevando a la práctica la modernización del país. A la par que ejerció su ideología tendente al liberalismo, adquirida durante su estancia en tierras gaditanas, cuando por sus altos cargos en la antigua Isla de León fue el anfitrión de las Cortes y buen conocedor de su obra, época en que logró y estrechó considerables relaciones con la oligarquía gobernante allí refugiada. Valores y actitudes, nada comunes entre la elite rural de su época de la que provenía, que, como veremos a continuación, transmitió a sus hijos.

En cuanto a la descendencia del matrimonio Diego de Alvear-Luisa Ward, siete de sus vástagos alcanzaron la edad adulta -véase árbol genealógico-.

Todos ellos recibieron una esmerada educación, especialmente los varones, a los que el general Alvear procuró buscarles una colocación. Así, gracias a sus influencias castrenses, consiguió que sus hijos varones mayores, Diego y Tomás, junto con su primo Joaquín de Alvear y Castilla (hijo mayor de su hermano Rafael de Alvear y Ponce de León, antiguo capitán de fragata), fueran aceptados en el Real Colegio General Militar de Segovia en 1825, logrando incluso que a Diego se le dispensara del exceso de edad para su admisión y que, tras superar las materias del primer año y dada su alta preparación militar, se incorporasen como cadetes de segundo año<sup>13</sup>.

No obstante, sólo unos meses después, en enero de 1826, coincidiendo con el «proceso de purificación» de su padre, a Diego se le abrió un sumario y fue condenado por Real Orden de 28 de febrero a cuatro meses de prisión incommunicada en la Torre del Rey don Juan, tras lo cual fue expulsado del Ejército<sup>14</sup>.

Por lo que respecta a su hermano Tomás, continuó en la academia segoviana, concluyendo con brillantez su formación y obteniendo el grado de subteniente de infantería a fines de 1829. Tras fallecer el brigadier, los entonces ministros de Marina, Luis María de Salazar -que también desempeñaba la presidencia del gobierno-, y el de la Guerra, marqués de Zambrano, propusieron a la viuda que, con el fin de que no se perdiera en la Marina el apellido Alvear, pasase a este cuerpo, lo que fue aceptado, recibiendo en marzo de 1830 el nombramiento de alférez de navío, lo que supuso el inicio de una fulgurante carrera, como comentaremos más adelante, hasta alcanzar los empleos de capitán de navío y brigadier de infantería<sup>15</sup>. Mientras que sus her-

manos menores, Enrique y Francisco, fueron matriculados en el mejor colegio de humanidades de Madrid, para luego iniciar el primero una prolífica actividad intelectual y el segundo una destacada carrera en el campo de las armas.

En cuanto a los miembros femeninos, al morir el patriarca, Luisa Ward y sus tres hijas regresaron a Montilla para ocuparse de la administración de su considerable patrimonio rústico y, aunque recibieron una educación menos esmerada que los varones, como era natural en la época, las mujeres Alvear realizaron multitud de viajes y aprendieron idiomas, residiendo indistintamente en Montilla y Madrid, donde frecuentaron los ambientes cortesanos, se codearon con la alta sociedad madrileña y sustentaron una tupida red de influencias muy beneficiosa para la familia.

A continuación, aportemos al lector una serie de apuntes biográficos de cada uno de los miembros de esta saga, que permitirá conocer su devenir vital de una forma más individualizada y comprender el papel que desempeñaron tanto en su familia como en la sociedad de su época.

## 2.2. Diego de Alvear y Ward.

En cuanto al primogénito (Cádiz, 5-I-1808/Montilla, 16-XI-1851), tras la frustración sufrida en el campo castrense, en los años inmediatamente posteriores desarrolló una cualificada formación en España, Francia y Gran Bretaña, siendo alumno de varios colegios, como la Escuela Central de París, en la que durante dos años estudió física, química, mineralogía, maquinaria, botánica y economía política, conocimientos que perfeccionó de forma práctica en diversos talleres y fábricas británicas, al mismo tiempo que perfeccionó su inglés y francés<sup>16</sup>. Además, de esta época data su amistad con intelectuales de la talla de José de Espronceda<sup>17</sup>, al que le unía, aparte de su afán por el conocimiento, la persecución por los absolutistas y sus dilatadas estancias en distintos estados europeos.

Pese a lo inusual en la España de principios del XIX de esta actitud en favor de viajar para aprender los logros que se estaban alcanzando en los países más avanzados, paradójicamente, no sería apreciada. Así, en 1833 solicitó que se le eximiera del servicio militar obligatorio, alegando, entre otras razones, la utilidad de sus estudios científicos para el país, los cuales ya había puesto en práctica introduciendo en Andalucía un nuevo método para la producción de aceite al comprar en Inglaterra una prensa hidráulica con tal fin<sup>18</sup>, contando con los informes favorables del Ayuntamiento de Montilla<sup>19</sup> y del marqués de las Amarillas, entonces capitán general de Andalucía<sup>20</sup>.

<sup>13</sup>A. G. M. SG., Expedientes personales de Diego y Tomás de Alvear y Ward, y Joaquín de Alvear y Castilla, sección 1ª. «Personal», legs. A963, A965 y A964 respectivamente.

<sup>14</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Diego de Alvear y Ward, Sección 1ª. «Personal», leg. A963, fol. 1.

<sup>15</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Tomás de Alvear y Ward, sección 1ª. «Personal», leg. A965. A. G. M. A. B., Hoja de servicios de Tomás de Alvear y Ward, Sección de Personal. Cuerpo General-Oficiales de Guerra, leg. 620/48.

<sup>16</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Diego de Alvear y Ward. Petición dirigida al Rey para la exención de quintas de 20-II-1833, Sección 1ª. «Personal», leg. A963, fol. 6.

<sup>17</sup>Su buena relación hizo que el insigne literato le escribiera un poema dedicado a la muerte del brigadier Alvear. Vid. S. ALVEAR Y WARD, *op. cit.*, pp. 327-31.

<sup>18</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Diego de Alvear y Ward. Petición dirigida al Rey...

<sup>19</sup>Archivo Municipal de Montilla, [en adelante A. M. M.], Actas Capitulares de 1833, leg. 130, exp. 3, cabildo de 13 de mayo.

<sup>20</sup>En su escrito manifestaba que Alvear era:



Pese a las fundadas razones de estas referencias, no debemos pasar por alto la relación del solicitante con sus autores, dado que su tío, Miguel Alvear Ponce de León, era regidor decano de Montilla y el marqués de las Amarillas era sobrino del general Castaños, quien fuese íntimo amigo del padre de Alvear y Ward.

Sin embargo, se recomendó que la petición fuese desestimada, en base a que:

«[...] no ha dado pruebas positivas de los conocimientos que dice poseer en las ciencias naturales, adquiridos en establecimientos extranjeros, y que sólo pudieran calificarse si hubiera sufrido algún examen en los de esta clase que hay en la Península. Después de haber oído a sus fiscales y conforme con lo propuesto por el togado es de opinión que la exención que reclama Alvear se halla en oposición con las soberanas resoluciones vigentes y su inclusión en los sorteos ni le obsta en su carrera ni debe irrogar perjuicio de consideración a sus intereses, atendida la facultad de redimir la suerte personal por medio de sustituto, y en su consecuencia es improcedente su solicitud.»<sup>21</sup>

De este modo, una vez más, se negaba la realidad y no se valoraban los estudios internacionales. Por fortuna para él, en el sorteo no le correspondió ser soldado.<sup>22</sup>

En cuanto a la prensa hidráulica mencionada por Alvear, resulta una cuestión muy importante, al ser la primera vez que se utiliza este tipo de maquinaria para la obtención de aceite en España.

Al parecer, durante un viaje a Francia y Gran Bretaña, conoció esta prensa, inventada por el mecánico británico Joseph Bramah, cuando era utilizada para prensar papel, heno, paños y, las balas de algodón y los faldos para su transporte marítimo. Alvear, con el fin de adaptarla a dicha finalidad, recogió datos en sus molinos y, calculó las variaciones y las dimensiones convenientes, perfilando los planos para su construcción. Realizada, finalmente, en Manchester en hierro colado, la instaló en la propiedad familiar del Molino *El Carril* en 1833, tras un azaroso viaje, dados los inconvenientes aduaneros, desde Manchester a Londres, trasladándose por mar hasta Mahón, de allí a Málaga y, por último, a Montilla.

Para difundir los beneficios de esta máquina, siendo ya miembro de la Real Sociedad Económica Matritense, publicó un opúsculo en el que señalaba que el aceite produ-

cido en España tenía tan mala calidad que era imposible importarlo al exterior, perdiendo los mercados en favor de Francia e Italia, defendiendo la introducción de máquinas para moler y prensar la aceituna rápidamente, dado que la abundancia de las cosechas se convertía más que en un beneficio en un problema, al amontonarse el fruto a la intemperie durante meses, fermentando y pudriéndose, lo que provocaba que una parte del aceite se evaporase, otra se convirtiera en alpehín y el resto adquiriera un pésimo sabor.

Asimismo, describía detalladamente las características, funcionamiento y resultados de la prensa, comparándolos con los artefactos entonces utilizados en Andalucía, las prensas de viga y de torre, afirmando que durante la cosecha de 1833, la primera vez en que la utilizó, empleó a dos hombres que molfían y prensaban diariamente 24 fans. de aceituna, pese a estar muy lejos de su pleno rendimiento (estimaba que podía prensar 192 fans. en un día), habiendo costado 25.000 rs. (15.000 rs. pagados al fabricante y otros 10.000 rs. por los gastos de transporte, impuestos y colocación en el molino montillano). Frente a esto, la de viga costaba entre 42.000 y 55.000 rs., empleaba dos hombres que únicamente prensaban 16 fans. diarias, debiendo reconstruirse a los dos o tres años por su deterioro constante; mientras que la de torre tenía un precio de unos 30.000 rs., necesitando tres hombres, que en 24 horas sólo prensaban 16 fans. De esta forma, la diferencia en el precio de compra, el ahorro sólo en mano de obra de entre un 50% y un 100%, el poder prensar doce veces más y extraer una mayor cantidad de aceite hacían a la prensa hidráulica mucho más competitiva, permitiendo prensar las cosechas en un tiempo lo suficientemente corto como para conseguir un producto de alta calidad, además de destruir menos capachos y de ocupar un local más pequeño, transportándose con suma facilidad.

Desde luego, en la época en que se inició su funcionamiento atrajo la atención de numerosos labradores de Montilla y de las poblaciones cercanas, así como de las autoridades políticas (el jefe político de Córdoba, Juan Antonio Delgado, publicó un artículo en el *Boletín Oficial de la Provincia* sobre la misma exhortando a su adquisición por los agricultores), de los científicos (como Francisco Martínez Robles, catedrático de agricultura en el Jardín Botánico de Madrid, quien publicó un estudio en el *Boletín de Comercio* señalando la conveniencia de su implantación) y de los fa-

«[...] sujeto bastante instruido en ciencias quizá más útiles y por lo menos poco estudiadas en España, por no enseñarse sino superficialmente algunos ramos de ellas y, debiera, sin duda, ser atendido en aprovechamiento de estas ciencias y artes útiles tanto o más que el de las facultades mayores que se enseñan en las Universidades, aunque se nota la diferencia de no haberse sujetado Alvear y Ward a ningún examen en España y que por esto no pueda graduarse su mérito con el de los bachilleres y doctores que obtienen sus grados en las Universidades, pero esto sería necesario si se tratase de una medida general que estimulase el estudio de aquellas ciencias, calificándose su mérito en los establecimientos de esta clase que residen en la Corte. Mas, como se trata de un sólo individuo, basta en algún modo la calificación que hace el Ayuntamiento de Montilla en su informe del extraordinario mérito de D. Diego de Alvear y Ward para que se atiende su petición, concediéndole exención personal de quintas, sin que para conseguirlo tenga que poner sustituto, pues de otra suerte no se le dispensaría gracia alguna, respecto que en la actual quinta pueden liberarse por medio de sustitutos todos los mozos a quienes toque la suerte de soldados.»

A. G. M. SG., Expediente personal de Diego de Alvear y Ward. Informe del marqués de las Amarillas al Consejo Supremo de la Guerra, 10-VI-1833, sección 1ª. «Personal», leg. A963, fol. 8 r. y v.

<sup>21</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Diego de Alvear y Ward. Veredicto del Consejo Supremo de la Guerra al secretario de Estado y del Despacho de la Guerra, 6-VIII-1833, sección 1ª. «Personal», leg. A963, fol. 9 r. y v.

<sup>22</sup>Para el reemplazo de 1833, a Montilla le correspondió aportar 27 hombres, tocándole en suerte a Alvear el puesto 77, siendo los primeros por riguroso orden del sorteo los que debían desempeñar el servicio de las armas. A. M. M., Quintas. Expediente formado para el sorteo de 27 soldados para el Reemplazo del Ejército. 1833, leg. 314A.

bricantes en potencia (como Francisco Antonio de Elorza, oficial de artillería y director de la incipiente fundición sevillana de *El Pedroso*, quien aseguró a Alvear que podría construirla, tras importar la maquinaria necesaria, casi por el mismo precio que en Inglaterra)<sup>23</sup>.

Sin embargo, la prensa no cumplió las expectativas que despertó, dadas sus frecuentes averías y, sobre todo, a que nunca se alcanzó su máximo de procesamiento debido a la escasez de materia prima al ser las fincas olivícolas de los Alvear pequeñas y, a que la lenta recolección del fruto y de su transporte proporcionaban un volumen diario más bien modesto y durante un período de tiempo muy prolongado (al menos tres o cuatro meses), alargando innecesariamente el funcionamiento del molino y, por lo tanto, incrementando los costes. También, las ventas de aceite se realizaron a granel a consumidores o mayoristas locales en pequeñas partidas inferiores a las 200 @, no constando, a diferencia del vino, que se exportara a nivel nacional e internacional<sup>24</sup>.

En cuanto a la difusión, pese a las indiscutibles ventajas de la misma, hubo un escaso interés de los industriales agrarios en modernizar sus instalaciones<sup>25</sup>, de ahí que en 1878 de las 9.872 prensas que había en España, sólo 214 (el 2,17%) eran hidráulicas, si bien las provincias con mayor número de las mismas eran Murcia (con 45), Granada (con 36) y Córdoba (con 28). Esto demuestra que las almazaras estaban tecnológicamente obsoletas, dando lugar a retrasos en la obtención del aceite y, por las razones ya expuestas, a su pésimo sabor. Sólo a fines del XIX, cuando la falta de competitividad con los aceites extranjeros hundieron los precios de los españoles, se acometió la modernización, pero la mala fama de nuestros productos era ya un estereotipo difícil de desmentir<sup>26</sup>.

De este modo, la intención de Diego de Alvear de introducir innovaciones mecánicas<sup>27</sup> en las industrias oleícolas andaluzas con el método de su invención no cua-

jó, al seguir utilizándose mayoritariamente los artefactos antiguos, circunstancia muy común en la Andalucía del XIX, donde las prometedoras experiencias industriales de principios de siglo quedaron frustradas por causas ajenas a las activas intenciones de sus inspiradores<sup>28</sup>.

Al mismo tiempo que el primogénito de los Alvear ponía en práctica su prensa, se desarrolló la implantación definitiva del liberalismo, apostando ya sin ambigüedades por el nuevo sistema.

Desde luego, en la base ideológica de Diego de Alvear y Ward, hombre emprendedor y preocupado por su tierra como ya sabemos, aparte de la destacada ascendencia liberal de su familia, no podemos pasar por alto que sus largas estancias en países como Francia y, sobre todo, Gran Bretaña, donde bullían los principios liberales, debieron influir hondamente, además de su amistad con ilustres exiliados como Espronceda.

Así, al crearse en 1833 la Milicia Urbana, nombre que Martínez de la Rosa dio a la Milicia Nacional<sup>29</sup>, Diego<sup>30</sup> y su primo Juan de Alvear Pineda<sup>31</sup> ingresaron en ella, siendo nombrados teniente y subteniente primero de la segunda compañía de infantería respectivamente<sup>32</sup>.

Pero, Alvear y Ward no se conformó con un protagonismo local en el nuevo sistema, sino que inició una fulgurante carrera política que le llevó a ser elegido en varias ocasiones diputado a Cortes, siempre en el seno del Moderantismo, por lo que desde su pertenencia a la Milicia Urbana, de carácter abiertamente progresista, evolucionó a posturas más conservadoras, inaugurando la relación de esta saga con las Cortes.

En el próximo epígrafe desarrollaremos más ampliamente la labor parlamentaria de éste y del resto de los Alvear, aunque no queremos pasar página sin mencionar, para destacar su arraigo político, que fue elegido en casi todos los comicios celebrados desde 1836 hasta que en 1847

<sup>23</sup>D. DE ALVEAR Y WARD, *Descripción, uso y ventajas de la prensa hidráulica construida en Montilla provincia de Córdoba para la elaboración del aceite de olivas*, Madrid, 1834, pp. 12 y 13.

<sup>24</sup>El funcionamiento del Molino Alvear, así como el volumen procesado de aceituna y aceite, los días de trabajo y, el número de molineros empleados y su salario diario entre las campañas de 1836-37 a 1861-62, así como las ventas de 1837 a 1862 han sido pormenorizadamente estudiados por F. J. FUENTES GARCÍA, T. ROMERO ATELA y R. VEROZ HERRADÓN, «La industria aceitera en el siglo XIX. Referencia a Córdoba y al Molino Alvear», *Revista de Estudios Regionales*, núm. 52 (1998), pp. 15-50.

<sup>25</sup>A este respecto, según los comentarios sobre la prensa de Alvear publicados en el *Semanario Industrial*, tomo I (1840), pp. 49 y ss. -apud B. A. RAMÍREZ, *Diccionario de Bibliografía Agronómica*, Madrid, 1865, p. 27-, se plantearon diversas críticas, afirmándose que:

«La noticia de esta novedad y los experimentos hechos con la máquina dieron margen a una controversia [...] Don Juan Antonio Sáenz, desde Montemayor, dijo que la tal prensa estrujaba con desigualdad el orujo [...] D. José Beleña, desde Cuba, enumeró sus ventajas sobre la viga [...] D. Genaro María Lanza, desde Linares, apoyó la opinión de Sáenz, agregando otras faltas [...] y la redacción del *Semanario*, por su parte, atribuye los defectos a que dichos contendientes, o no habían colocado bien la máquina, o carecían de operarios entendidos para manejarla.»

<sup>26</sup>F. J. FUENTES GARCÍA, T. ROMERO ATELA y R. VEROZ HERRADÓN, *op. cit.*, pp. 30-1.

<sup>27</sup>Esta actitud en favor de la modernización de las explotaciones agrarias ya la puso en práctica su padre, el brigadier Alvear Ponce de León, quien, en un viaje a Gran Bretaña tras concluir la Guerra de la Independencia, importó varias trilladoras y aventadoras para sus propiedades montillanas, convirtiéndose en el primero que introdujo este tipo de maquinaria en España. Cfr. S. ALVEAR Y WARD, *op. cit.*, p. 266.

<sup>28</sup>J. NADAL, *Moler, tejer y fundir. Estudios de historia industrial*, Barcelona, 1992, pp. 3-83. M. MARTÍN RODRÍGUEZ, «Andalucía: luces y sombras de una industrialización interrumpida», en J. NADAL y A. CARRERAS (dirección y coordinación), *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XIX y XX)*, Barcelona, 1990, pp. 342-76.

<sup>29</sup>Para Comellas, este cuerpo paramilitar era «la tropa militante de los liberales más exaltados». Isabel II. *Una reina y un reinado*, Barcelona, 1999, p. 35.

<sup>30</sup>Se alistó el 23 de diciembre de 1833, nada más crearse, apareciendo registrado como hacendado y miembro de la Real Sociedad Económica de Montilla, llegando incluso a ser propuesto para capitán de la segunda compañía de infantería. A. M. M., *Milicia Urbana*, leg. 315A, exp. 11.

<sup>31</sup>Hijo del coronel Miguel de Alvear Ponce de León, como harían sus primos los Alvear y Ward entró en política, aunque a una menor escala, siendo diputado provincial por el partido judicial de Montilla (1858-62) y vicepresidente de la Diputación (1860-62). Archivo de la Diputación Provincial de Córdoba. Libro de Actas de la Diputación (1856-61), leg. 3.784, sesiones de 18 de julio de 1858 y 1 de abril de 1860.

<sup>32</sup>A. M. M., *Milicia Urbana*, leg. 315A, exp. 11.

pasó el relevo de su escaño a su hermano Tomás, al ser nombrado Jefe Político de Córdoba, premio que le concedió el Gobierno Pacheco por el constante y disciplinado apoyo que prestó a los gabinetes moderados, amén de la estrecha relación que mantenía con el líder de los puritanos, quien había ejercido la abogacía en Córdoba y era diputado por el distrito cordobés de Villa del Río en ese período. El 28 de junio, se incorporó a su nuevo puesto, resaltando en el discurso de toma de posesión la fidelidad al Ministerio que lo había nombrado y sus objetivos prioritarios, mostrándose partidario de alentar los intereses económicos frente a los políticos, manifestando:

«La Reina (Q. D. G.) ha tenido la dignación de nombrarme Jefe Político de esta Provincia.

Propietario y residente en ella, y su Diputado en cinco distintas Legislaturas, tanto por propio interés como por gratitud a la confianza tantas veces dispensada, considero como un deber consagrar todas mis fuerzas a su fomento y bienestar. Tal ha sido mi intento al aceptar por primera vez un empleo público y no otras las intenciones del Gobierno de S. M. al confiarme tan importante cargo.

Tiempo es ya de que las cuestiones políticas hagan lugar a las de intereses materiales. Éste es un centro común en que todas las opiniones pueden reunirse sin agravarse. Y si los pueblos y los individuos, entendiendo bien sus intereses, consagrasen sus esfuerzos a estos objetos, pronto verán extendidos sus goces, mejorada su situación, aumentada su riqueza y con abundantes medios para con más holgura cubrir las cargas públicas que todos estamos obligados a satisfacer si hemos de vivir en sociedad y al amparo de un gobierno protector.

Hay paz, consérvese el orden público y en breve conocerán los pueblos las benévolas miras del Gobierno de S. M. para con esta provincia. Cualquier idea de mejora, cualquier pensamiento de fomento, cualquier objeto de utilidad pública será particularmente acogido por vuestro Jefe Político.»<sup>33</sup>

Además, al ser la primera autoridad de la provincia, ocupó la presidencia del Consejo Provincial y de la Diputación.

Durante los cinco meses de ejercicio de este cargo, entre otras actividades, dispuso la organización de las elecciones de diputados provinciales, estableció un reglamento para actuar contra los incendios en la Campiña y Sierra de

Córdoba, y se encargó de buscar el edificio para emplazar la Escuela de Veterinaria<sup>34</sup>.

No obstante, la labor más importante que desarrolló, sobre todo por los beneficios que deparó a sus intereses familiares, fue presidir las elecciones parciales a Cortes de octubre de 1847 en los distritos de Cabra y Montilla, siendo uno de los candidatos su hermano Tomás, que consiguió resultar elegido para reemplazarlo en el Congreso.

Pero, el 26-XI Diego de Alvear fue cesado por el gabinete Narváez, entregando el cargo el 3-XII a su sustituto, Miguel Tenorio, anterior jefe político de Toledo<sup>35</sup>.

Tras esto, se retiró de la vida pública a Montilla, poniendo fin a la carrera política que le hizo formar parte de la restringida oligarquía que controlaba la estructura del Estado, habiendo sido entre 1836 y 1847 candidato al Congreso en ocho convocatorias electorales, resultando elegido en cinco ocasiones -aunque sólo juró el cargo en cuatro- y, en otra fue votado para el Senado. Así, fue uno de los protagonistas de primera fila de la consolidación del liberalismo en España y, especialmente, en Córdoba; pero, en ningún caso, defendió desde su escaño la modernización del país que preconizara en sus escritos e intentase llevar a cabo con la importación de maquinaria agroindustrial, ciñéndose a los diseños de su partido.

En 1851, después de una penosa enfermedad, falleció prematuramente en Montilla, sin que llegara a casarse, contando con tan solo 43 años de edad, aunque vividos plenamente con una amplísima actividad en los ámbitos intelectual y político, habiendo sido premiado, entre otros, con los nombramientos de caballero comendador de la orden de Carlos III y de consejero real de agricultura, industria y comercio (1849)<sup>36</sup>.

### 2.3. Catalina de Alvear y Ward.

Sin duda, como fruto de la presencia en los salones de la alta sociedad madrileña de los miembros femeninos de esta saga, la mayor de las hijas, Catalina de Alvear y Ward (Cádiz, 8-IV-1809/Montilla, 30-VI-1894), conoció y se casó con el coronel Agustín de la Cerda y Palafox (Valencia, 13-XII-1802/Madrid, 9-VII-1872)<sup>37</sup> en 1848, miembro de la alta aristocracia<sup>38</sup>, cuya familia estaba estrechamente relacionada con la elite política liberal<sup>39</sup>.

<sup>33</sup>Boletín Oficial de la Provincia de Córdoba [en adelante B. O. P. CO.], 28-VI-1847.

<sup>34</sup>Ibid., 8 y 14-VII, y 27-IX-1847.

<sup>35</sup>B. O. P. CO., 6-XII-1847.

<sup>36</sup>Archivo de la Parroquia de Santiago de Montilla [en adelante A. P. S. M.], libro de defunciones núm. 13 (1847-51), fol. 7.

<sup>37</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Agustín de la Cerda y Palafox, sección 1ª. «Personal», leg. C2626. A. P. S. M., Libro de defunciones núm. 25 (1871-73), fols. 102 v. y 103.

<sup>38</sup>Era hijo del conde de Parcent, conde del Villar, de Contamina y de Bureta, y marqués de Bárboles y de Eguarás, barón de Gurea de Gállego, Grande de España de primera clase y Gentilhombre de Cámara de Fernando VII. Nieto materno de los condes de Montijo. Hermano del conde de Parcent, de Contamina y del Villar, marqués de Fuente-el-sol, de Bárboles y de Eguarás, y vizconde de Mendinueta. Cuñado de la vizcondesa de Gant y condesa del Santo Imperio Romano; del marqués de Campoverde; del marqués de Navarres, de Lázán, de Cañizar y de San Felices; y, del duque de Nájera, marqués de Guevara y de Montalegre, y conde de Oñate. Tío carnal de los marqueses del Moral; de los duques de Veragua y de la Vega, y marqueses de Jamaica; y, de los condes de Vegamar y vizcondes de Escambray. Primo hermano de la duquesa de Alba y de María Eugenia de Montijo -la que sería emperatriz de Francia, tras su matrimonio con Luis Napoleón III-. Y, pariente lejano de los duques de Medinaceli y de los de Osuna. Cfr. F. FERNÁNDEZ DE BETHENCOURT, *op. cit.*, pp. 334-78. A. y A. GARCÍA CARRAFA, *Enciclopedia Heráldica y Genealogía hispano americana*, tomo XXVI, Madrid, 1926, pp. 63-7.

<sup>39</sup>Su hermano primogénito, José Máximo de la Cerda, conde de Parcent y demás títulos, formó parte de la junta que en 1832 marchó al Palacio de La Granja y convenció a María Cristina de Borbón, durante la enfermedad de Fernando VII, para que introdujera reformas y se alejara de los absolutistas con la promesa de la defensa de los derechos al trono de su hija (cfr. J. L. COMELLAS, *op. cit.*, pp. 26-7). Este apoyo al liberalismo y a la sucesión isabelina, catapultó su carrera política y favoreció su relación con la Casa Real, siendo miembro nato del Estamento de Próceres, diputado a Cortes y senador vitalicio, Gentilhombre de Cámara de primera clase y, Mayordomo Mayor y Jefe de la Casa del infante Francisco de Paula-Antonio de Borbón (cfr. F. FERNÁNDEZ BETHENCOURT, *op. cit.*, pp. 340-1).

Desde luego, este enlace significó la vinculación definitiva con la nobleza de más rancio abolengo y con la oligarquía gobernante, favoreciendo las excelentes relaciones sociales y de influencia de los Alvear, subiendo un peldaño más en su ennoblecimiento<sup>40</sup>.

De este matrimonio nació un único vástago, José de la Cerda y Alvear (Madrid, 26-VI-1853/íd., 14-VIII-1905)<sup>41</sup>, quien recibió en 1884 el título de IX conde del Villar y, también, siguiendo los pasos de sus tíos, entró en política, alcanzando un escaño parlamentario durante la Restauración.

#### 2.4. Tomás de Alvear y Ward.

Tomás de Alvear y Ward (Isla de León, 6-II-1811/ Madrid 19-III-1868)<sup>42</sup>, tercer vástago de esta estirpe y segundo varón, desarrolló una fulgurante carrera en la Armada.

Tras su estancia en el Colegio General Militar de Segovia, por las razones ya comentadas, pasó a la Marina, recorriendo como oficial de varios buques Cuba, Puerto Rico, Nueva Providencia y Santa Cruz (1830-39). De regreso a la Península, participó en la Guerra Civil en los frentes de Cataluña y Valencia, encargándose de proteger la navegación por el río Ebro (1839). Seguidamente, fue: oficial de la secretaría del Almirantazgo (1841); preceptor del guardiamarina Infante Enrique María Fernando de Borbón Dos Sicilias (entre 1842-44), hermano de Francisco de Asís el que sería esposo de Isabel II; y, director accidental del Depósito Hidrográfico de Madrid (1844), inventariando los documentos que allí dejó depositados el erudito Martín Fernández Navarrete.

Al mando del bergantín *Ligero*, formó parte de la escuadra que fondeó frente a Oporto, ciudad sublevada contra el gobierno liberal portugués, embarcando a multitud de huídos y teniendo varios enfrentamientos con los absolutistas (1846-47).

Coincidiendo con el desempeño de su escaño parlamentario, ocupó los puestos de comandante de la corbeta *Ferrolana*, buque de nueva construcción, formando parte de las fuerzas navales del Mediterráneo (1848-49), en el que realizó diversos viajes (uno a Italia) y resultó absuelto del

consejo de guerra al que se le sometió por las averías que sufrió este navío al encallar en los arrecifes del Cabo del Agua (Murcia).

A continuación, capitaneó el vapor *Vulcano*, realizando diversos cruceros por el Mediterráneo (1850-52); fue ayudante del jefe de escuadra Antonio Doral, presidente de la Comisión Mixta del Ministerio de Marina y del de Fomento para distinguir las funciones de los capitanes de puerto y de los ingenieros civiles encargados de sus obras hidráulicas (1852-53); estuvo al mando de la 1.ª División de Guardacostas, con base en Cataluña (1853-55); fue capitán del puerto de Palma de Mallorca (1855), oficial de la 1.ª Sección del Almirantazgo (1855-56) y jefe de la Comisión de Marina en Londres (1856-58).

Ascendido a capitán de navío y al mando de la fragata *Blanca* intervino en la Guerra de África, alcanzando el generalato al ser nombrado brigadier de infantería por sus destacados servicios bélicos (1859-60). Finalmente, fue miembro de la Comisión Mixta de los Ministerios de Fomento y Marina que debía informar sobre el trayecto del ferrocarril de Burgos a Irún (1861).

Además, estaba condecorado con las siguientes cruces: supernumeraria de Carlos III (1844), de gracia de la orden militar de San Juan de Jerusalén (1847), de la orden militar portuguesa de Ntra. Sra. de la Concepción de Villaviciosa (1847), de la Marina (1847) y de la orden de San Hermenegildo (1850). Así como con las medallas de Pío IX y Guerra de África, y con la Diadema Real de Marina.

Tras abandonar la Armada a principios de la década de los 60 y al producirse la muerte de su hermano Enrique, pasó a encargarse de administrar el patrimonio familiar, permaneciendo soltero y, residiendo indistintamente en Montilla y en Madrid, ciudad esta última donde falleció en 1868, siendo trasladados sus restos a la patria chica de los Alvear.

#### 2.5. Enrique de Alvear y Ward.

El cuarto de los vástagos de esta familia (San Fernando, 17-XI-1813/Madrid 31-III-1861)<sup>43</sup>, como sus hermanos varones mayores, se mantuvo soltero, siendo el que más desarrolló su amplia formación intelectual.

<sup>40</sup>La boda de la Cerda-Alvear fue todo un acontecimiento social para la época, celebrándose el 12-III en la Iglesia de San Sebastián de Madrid, oficiando la ceremonia Juan José Bonel y Orbe, arzobispo de Toledo, primado de España, canciller mayor de Castilla, capellán mayor de la Iglesia de San Isidro de Madrid, procapellán mayor honorario, confesor de Isabel II, senador y miembro del Consejo Real. Los padrinos fueron Luis Fernández de Córdoba, duque de Medinaceli; y Luisa Fernández de Córdoba, marquesa de la Vera. Y los testigos: Juan de la Cerda y Gant (sobrino del novio), marqués de Bárbol, doctor en jurisprudencia y teniente de alcalde de Madrid; Juan Zavala, mariscal de campo; Isidro Guzmán de la Cerda, caballero de la orden de San Juan; Ramón González, gran cruz de Carlos III; y Tomás Owens. Además, entre los invitados estuvieron: la condesa de Montijo; los duques de Alba; los marqueses de Quintana, de Campoverde y de Bárbol; la duquesa de Veraguas; los condes de Vegamir; y el conde de Zamora. Archivo Privado de Juan Bosco Alvear Zubiría [en adelante A.J.B.A.Z.], Certificado del matrimonio y lista de invitados.

<sup>41</sup>Cadete de vocación tardía, entrando en la Academia Militar de Caballería de Valladolid (1874-75). Alférez del primer escuadrón del Regimiento de Húsares de la Princesa, luchó contra los carlistas en Guadalajara y participó en las batallas de Cuadra y Fuentes, recibiendo la cruz de primera clase del Mérito Militar (1875). En 1876 se retiró del ejército y un año después se casó con Rosalía Drake de la Cerda, hija de su prima hermana -María Virginia de la Cerda Gant y la Rochefoucauld, marquesa de Eguarás, casada con Carlos Guillermo Drake Spence del Castillo, vizconde de Escambray y conde de Vegamar, senador vitalicio, caballero de la Real Maestranza de Sevilla y Gran Cruz de Isabel la Católica-, de la que tuvo dos hijas, María y Josefa, que murieron en la niñez. También, poseía la Banda de Isabel la Católica (1886). A. G. M. SG., Expediente personal de José de la Cerda y Alvear, sección 1.ª. «Personal», leg. C2631. Cfr. F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, *op. cit.*, pp. 374-8. A. y A. GARCÍA CARRAFA, *op. cit.*, pp. 65-6.

<sup>42</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Tomás Alvear y Ward. A. G. M. A. B., Hoja de servicios de Tomás Alvear y Ward, Sección de Personal. Cuerpo General-Oficiales de Guerra, leg. 620/48. A. P. S. M., libro de defunciones núm. 23 (1868-69), fol. 12.

<sup>43</sup>A. G. M. A. B., Expediente de Enrique de Alvear y Ward, leg. 3.310/5. A. J. B. A. Z., Invitaciones de las Academias a Enrique de Alvear y Ward. A. P. S. M., Libro de defunciones núm. 19 (1860-62), fol. 222 v.



En 1844 se licenció en Jurisprudencia por la Universidad de Madrid y fue admitido en el colegio de abogados de la misma. Socio residente de la Sociedad Económica de Amigos del País de Montilla -de la que su primo Antonio de Alvear era secretario- desde 1837 y de la matritense. Académico profesor de la Academia Española de Ciencias Eclesiásticas y, de la Academia de Jurisprudencia y Legislación (1844). Auditor Honorario de Marina (1847), título concedido por Isabel II sólo dos días después de haberlo solicitado. Vocal ordinario del Real Consejo de Agricultura, Industria y Comercio. Vicepresidente Honorario de la Academia Agrícola de París. Caballero comendador de número de la Orden de Isabel la Católica (1858) y de la de San Juan de Jerusalén. Asiduo visitante de los círculos intelectuales madrileños y parisinos, siendo invitado, entre otros, a la lectura de los discursos de entrada en la Real Academia Española y en la Academia de la Historia, de Donoso Cortés y de Cánovas del Castillo, respectivamente. Autor de varias obras: *Papeles para la Historia de Montilla. Estudios sobre Ulía y la batalla de Munda* (manuscrito), *Enfermedades de la viña* (1852) y *Memoria de los ferrocarriles andaluces* (1855); así como de diversos artículos en la prensa.

También, compaginó su residencia en la capital de España y sus viajes con sus estancias en Montilla, donde, tras la muerte de su hermano Diego y de su madre, se ocupó de la administración de los bienes de la familia.

## 2.6. Sabina de Alvear y Ward.

La quinta de los hijos (Londres 8-II-1815/Sevilla 10-II-1906)<sup>44</sup>, mujer emprendedora, que realizó multitud de viajes a Gran Bretaña, Italia y Francia, y mantuvo una extensa correspondencia con la elite política, intelectual y social de su época, muestra inequívoca de sus influyentes amistades, entre las que destacaron la emperatriz Eugenia de Montijo, Antonio Cánovas del Castillo, Próspero Merimée, Mesonero Romanos, etc., sin olvidar su estrecha relación con la Casa Real, siendo nombrada por María Cristina de Habsburgo vocal de la elitista Junta de Señoras que tenía la función de reunir fondos para la construcción de la Catedral de la Almudena<sup>45</sup>.

Además, se encargó de iniciar la exportación de la bodega familiar. Sin olvidar que escribió la biografía de su padre, obra que recibió elogios de insignes escritores, como Juan Valera, Cesáreo Fernández Duro, Ramón de Campoamor, etc., recogidos en el opúsculo *Informes y juicios críticos sobre la historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León* (Madrid, 1893).

No obstante, el hecho de que tuviera un fuerte carácter y, gran personalidad e inteligencia, no significa una rebeldía respecto al papel secundario que la sociedad de su época asignaba a la mujer, sino que, al contrario, en sus escritos siempre se mostró orgullosa de sus hermanos varones, alabando sus brillantes carreras y la alta considera-

ción social que alcanzaron, mientras que cuando se refiere a ella misma o a sus hermanas manifestó plena de satisfacción que estuvieron dedicadas íntegramente a la vida familiar y que nunca se separaron de su madre.

Como ya era habitual en esta familia, permaneció soltera.

## 2.7. Francisco de Alvear y Ward.

Como ya hemos comentado, el último de los hijos varones de esta saga (Montilla, 20-XI-1817/Madrid, 23-VI-1894)<sup>46</sup> desarrolló una exitosa carrera castrense.

Cadete en el Colegio de Alcalá de Henares (1832-35), donde se formó como oficial de artillería. Durante la Guerra Civil, combatió en el Ejército del Centro al mando del general Evaristo San Miguel (1835-38) y, en el Ejército del Norte bajo el mando del general Baldomero Espartero e integrado en la división que mandaba el entonces mariscal de campo Leopoldo O'Donnell (1838-40), interviniendo en las principales batallas (Monviedro, Cantavieja, Segura, Morella, etc.).

Tras el fin de la campaña bélica, ocupó diversos puestos: ayudante de profesor en el Colegio de Artillería de Segovia (1840-43), siendo el encargado de trazar el plano de la Enramadilla, lugar donde el Colegio segoviano debía realizar las prácticas de tiro (1844); y presidente de la comisión que realizó los planos de las plazas de Málaga, Peñón de la Gómera, Alhucemas y Melilla (1845-47).

Dados sus dilatados conocimientos en idiomas y alta preparación castrense, se le encomendaron varios viajes oficiales por Europa, uno como miembro de la comisión encargada de estudiar los adelantos militares europeos, visitando Francia, Gran Bretaña, Holanda, Prusia, la Confederación Germánica y Bélgica (1847-48); y, otro por Francia, Gran Bretaña y Bélgica (1855-59) para determinar la forma de establecer en Sevilla una fábrica capaz de realizar 35.000 armas rayadas al año, presentando al Director General de Artillería los planos del edificio, presupuestos y medios para su construcción. Jefe de taller de la Fundación de Artillería de Bronces de Sevilla (1848-56) y subdirector (1856-64), fue finalmente nombrado director de la misma en 1864.

Entre sus condecoraciones, destacan las siguientes cruces: la de Cantavieja (1838), la de San Fernando de 1ª. clase (1838), la de Morella (1841), la de San Hermenegildo (1852), la de San Juan de Jerusalén (1854), la de comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica (1863) y la de 2ª. clase del Mérito Militar (1865).

A la muerte de su hermano Tomás en 1868, abandonó el Ejército y se dedicó a la administración del patrimonio familiar, residiendo indistintamente en Montilla, Sevilla y Madrid.

Por otro lado, a diferencia de sus hermanos, que, salvo Catalina, mantuvieron su soltería, Francisco de Alvear se casó en Sevilla (1861) con María Joaquina Gómez de la

<sup>44</sup>A. J. B. A. Z., Documentos varios.

<sup>45</sup>A. J. B. A. Z., Nombramiento de I-VII-1882.

<sup>46</sup>A. G. M. SG., Expediente personal de Francisco de Alvear y Ward, sección 1ª. «Personal», leg. A964.

Cortina y Rodríguez de Rivas (Jalapa, México 3-X-1834/Madrid, 11-XII-1892)<sup>47</sup>, a quien se le otorgó carta de sucesión en el título de condesa de la Cortina en 1877 como hermana del último conde e hija del anterior, estando, además, emparentada con la alta burguesía hispalense<sup>48</sup>.

Además, este matrimonio fue el que tuvo una mayor descendencia, posibilitando la continuidad de la familia, al nacer los siguientes vástagos:

-Luisa (Sevilla 11-VIII-1862/San Sebastián 17-IX-1894): religiosa.

-María de la Asunción (Sevilla 16-VIII-1863/San Sebastián 30-X-1941): religiosa.

-Candelaria (Sevilla 14-II-1867/Montilla, 3-VI-1956): se casó en 1905 con Andrés Parladé y Heredia (Málaga 1-VII-1859/¿?)<sup>49</sup>, conde de Aguiar y nieto materno del pionero de la industrialización española José Agustín Heredia. Este matrimonio no tuvo descendencia.

-Francisco (Sevilla 18-III-1869/Montilla, 26-II-1959): VI conde de la Cortina. Licenciado en Derecho, aunque no llegó a ejercer, dedicándose a la administración de sus extensas propiedades rústicas en Montilla. También, desarrolló una significativa carrera pública como presidente del sindicato Confederación Nacional Católica Agraria y del Consejo Provincial de Fomento de Córdoba. Contrajo matrimonio en 1891 con Ramona Abaurrea y Cuadrado, con la que tuvo varios hijos.

## 2.8. Candelaria de Alvear y Ward.

Última de los vástagos (Cádiz, 8-II-1823/Madrid, 29-VII-1900), tuvo una existencia muy secundaria, dado su carácter un tanto depresivo, siendo fiel acompañante de su madre y sus hermanas, no llegándose a casar. Su afición más destacada fue la pintura.

## 3. LA RELACIÓN CON EL PARLAMENTO DE LOS HERMANOS ALVEAR Y WARD.

En 1833 falleció Fernando VII, sucediéndole su hija Isabel, aunque dada su minoría de edad gobernó su madre,

María Cristina de Borbón. Sin embargo, la nueva jefatura del Estado estaba lejos de su consolidación, al estallar la sublevación absolutista en defensa de los derechos del infante Carlos María Isidro, mientras que los liberales consideraron que el apoyo a la legitimidad de Isabel II les llevaría a la implantación de sus principios, por lo que formaron con la Reina Gobernadora una alianza de conveniencia, siendo un primer paso al ansiado constitucionalismo la promulgación del Estatuto Real (1834), que, a medio camino hacia una constitución, supuso el establecimiento de un legislativo bicameral.

En este contexto, dada la apuesta de los Alvear por el liberalismo, Diego Alvear y Ward, siguiendo la estela de su padre como anfitrión de las Cortes de 1812, inauguró una relación más estrecha con el legislativo que continuarían otros miembros de la familia.

En 1835, ya se implicó en política, al ser elegido representante de Montilla para que con el resto de electores del partido judicial designaran un diputado provincial y un suplente<sup>50</sup>.

No obstante, la oportunidad de alcanzar la política nacional la tuvo unos meses después. En julio de 1836 se convocaron las primeras elecciones directas en España, que supusieron la eliminación de la elección por compromisarios, aunque se mantenía el sufragio censitario.

Tras el voto de censura sufrido por el gobierno Istúriz en la Cámara Baja, dentro de un ambiente de confrontación entre sus partidarios y los defensores del anterior gabinete presidido por Mendizábal, las Cortes fueron disueltas y se convocaron elecciones generales. Éstas supusieron la vertebración de las dos formaciones políticas entonces más importantes, la progresista y la moderada, dado el interés en crear organizaciones electorales que fueran un factor de clarificación ideológica<sup>51</sup>.

En este marco, en Córdoba se presentaron dos candidaturas, encontrándose Alvear y Ward en la que apoyaba a Istúriz, es decir, dentro de la candidatura ministerial<sup>52</sup>.

Por otro lado, una de las características más destacadas de estas elecciones fue la intervención gubernamental en defensa de sus candidatos -consistente en la sustitución

<sup>47</sup>Hija de José Justo Gómez de la Cortina y Gómez de la Cortina (México 9-VIII-1799/íd. 10-I-1860), III conde de la Cortina, y de Paula Rodríguez de Rivas y García de Molviedro (¿?/Sevilla, 11-XII-1861), hermana del conde de Castilleja de Guzmán. José Gómez de la Cortina fue filólogo, militar, diplomático y político, desempeñando los puestos de secretario y embajador de la legación de España en Hamburgo, interlocutor de embajadores y Gentilhombre de Fernando VII, general de brigada, diputado y senador, gobernador del distrito de México y ministro de Hacienda de la República mexicana, numerario de la Real Academia de la Historia y miembro honorario de la Real Academia Española. Además, era hermano de Joaquín Gómez de la Cortina (México 6-IX-1808/Madrid 19-VI-1868), vizconde de Salceda y marqués de Morante, rector de la Universidad Central de Madrid, magistrado del Tribunal Supremo, senador vitalicio (1861-68) y presidente de la Academia de Jurisprudencia, quien mantuvo una ardua polémica con sus sobrinos por la sucesión del título nobiliario de conde de la Cortina. F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOURT, *op. cit.*, p. 376.

<sup>48</sup>Era sobrina de Fernando Rodríguez de Rivas y García de Tejada (Villaviciosa de Odón, Madrid 20-VIII-1808/¿?). Diputado por Sevilla en tres ocasiones (1846-50, 1850-51 y 1853-54), senador vitalicio (1860-68), caballero de la Gran Cruz de Isabel la Católica y, rico propietario rústico y urbano en las provincias de Sevilla y Ciudad Real. Archivo del Senado [en adelante A. S.], Expediente personal del Senador Vitalicio Fernando Rodríguez de Rivas, leg. 386, núm. 3.

<sup>49</sup>Hijo de Andrés de Parladé Sánchez de Quirós, conde de Aguiar por su matrimonio con María de Heredia Livermore. Gran propietario rústico en Sevilla e inversor bursátil. Licenciado en Derecho, aunque su verdadera vocación fue la pintura, estudiando en Roma y París. Senador electo por Sevilla (1909-10). Miembro de la Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la de Sevilla. Gentilhombre de cámara de Alfonso XIII. Presidente de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de la Provincia de Sevilla, delegado regio de bellas artes y director de las excavaciones de Itálica. A. S., Expediente personal del Senador Conde de Aguiar Andrés Parladé y Heredia por la provincia de Sevilla, leg. 6, núm. 4. *Vid. etiam*, A. y A. GARCÍA CARRAFA, *Enciclopedia Heráldica y ...*, tomo LXVIII, Madrid, 1951, pp. 234-5.

<sup>50</sup>A. M. M., Elección de un diputado provincial, 7-XI-1835, leg. 654A, exp. 1.

<sup>51</sup>J. TOMÁS VILLARROYA, *El sistema político del Estatuto Real*, Madrid, 1968, p. 509.

<sup>52</sup>La candidatura moderada en la provincia cordobesa estaba integrada por: Luis Pizarro, conde de las Navas; José Valera y Viana, marqués de la Paniega; Manuel Parejo; José de la Peña y Aguayo; Antonio de Hocés; y, Diego de Alvear. *Vid. E. AGUILAR GAVILÁN, Vida política y procesos electorales en la Córdoba isabelina (1834-1868)*, Córdoba, 1991, p. 63.

de los funcionarios mendizabalistas en los puestos claves de la administración provincial por otros adictos al Gobierno, con lo que se pretendía influir en el electorado y mediatizar las elecciones, aunque, también, los amigos políticos de Mendizábal utilizaron sus influyentes puestos municipales y provinciales en apoyo de la oposición<sup>53</sup>.

Una vez realizado el escrutinio general, 23-VII, los seis candidatos moderados obtuvieron una victoria arrolladora, haciendo innecesaria una segunda vuelta y resultando Alvear el tercero más votado<sup>54</sup>. Este triunfo se reprodujo a nivel nacional, provocando la rebelión de los mendizabalistas, alcanzando su punto álgido con el amotinamiento de los sargentos de la guarnición de La Granja, que supuso la caída de Istúriz y la paralización de la apertura de las nuevas Cortes.

Pese a este contratiempo, Alvear y Ward estaba lejos de abandonar su incipiente carrera política. Así, tras el paréntesis de la convocatoria electoral a Cortes constituyentes de septiembre-octubre de 1836, de las que surgió la consensuada Constitución de 1837, volvió a intentarlo en las siguientes, las de septiembre de 1837, comicios en los que los moderados, bajo la denominación de Partido Monárquico-Constitucional, partían como favoritos, al contar con el apoyo regio y con la división de los progresistas, incapaces de apoyar un gobierno con un claro carácter de provisionalidad. También, estas elecciones sirvieron para que se enfrentaran dos formaciones autónomas con las bases teóricas y sociales propias ya de los partidos políticos.

La tensión a nivel nacional tuvo su reflejo en Córdoba, donde unos y otros se lanzaron acusaciones de conspiración, de corrupción y de fraudes electorales, desarrollándose un marcado transfuguismo. Todo ello, en el marco del rumor de una nueva incursión carlista que ya en 1836 había causado estragos y una aguda crisis económica en la provincia.

En cuanto a Diego de Alvear, concurrió a las elecciones en la candidatura Monárquico-Constitucional y, tras las dos vueltas preceptivas, fue el más votado de toda la provincia, donde los moderados se hicieron con cuatro de las seis actas de diputados<sup>55</sup>, coincidiendo este triunfo con la amplia mayoría que aquéllos alcanzaron en todo el país, haciéndose con el Gobierno.

Así pues, Alvear logró por fin acceder al Congreso de los Diputados. Juró el 7 de diciembre de 1837<sup>56</sup>, inaugurando una irregular labor parlamentaria con una continuidad

casi ininterrumpida de una década.

En esta primera etapa en la Cámara Baja, al ser miembro del partido gubernamental, tuvo un destacado protagonismo, ocupando, entre otros puestos, los siguientes: secretario de la primera sección; miembro de las comisiones de felicitación a S. M. en el día de Reyes y Peticiones; secretario de las comisiones de Bienes Nacionales y Artillería<sup>57</sup>.

De estas comisiones parlamentarias, en la que más interés debió tener Alvear en pertenecer fue a la de Bienes Nacionales, es decir, la encargada de regular el proceso desamortizador, dado que tanto él como su familia se habían y se estaban beneficiando altamente del mismo, comprando propiedades eclesíásticas enajenadas por la desamortización de Godoy (1805) y por la de Mendizábal (1836)<sup>58</sup>.

En 1839, el gobierno moderado experimentó una aguda crisis, consecuencia de la negativa francesa de intervenir contra los carlistas, por la continuación de la guerra civil, por el creciente intervencionismo militar en temas políticos -sobre todo del encumbrado general Espartero- que provocaba continuos cambios de gabinete, por la pugna parlamentaria entre los dirigentes moderados y por la retirada del apoyo de la regente. Ante todo lo cual, el ministerio Pérez de Castro decidió disolver las Cortes y convocar elecciones para julio de aquel año, con las consiguientes airadas protestas de sus correligionarios<sup>59</sup>.

En Córdoba, progresistas y moderados se ensalzaron en una dura confrontación, apareciendo Alvear en el primer puesto de la candidatura del Partido Monárquico-Constitucional.

Sin embargo, el Progresismo tuvo un triunfo aplastante, obteniendo los moderados un único escaño en el conjunto de la nación<sup>60</sup>.

Pese a esta rotunda victoria y la firma del Convenio de Vergara (julio de 1839), las Cortes progresistas tuvieron una existencia efímera, dado que la Regente no nombró un gobierno acorde ideológicamente a la nueva mayoría parlamentaria, sino que mantuvo al moderado Pérez de Castro, provocando que los progresistas emitieran un voto de censura. La reacción gubernamental fue la suspensión de las sesiones en octubre y la convocatoria en el mes siguiente de elecciones generales para enero de 1840, las cuales se convirtieron en uno de los enfrentamientos más enconados entre partidos hasta entonces producidos, no siendo Córdoba una excepción a esta tónica, desarrollándose un destacado

<sup>53</sup>Ibid., pp. 59-66.

<sup>54</sup>Ibid., p. 75.

<sup>55</sup>Ibid., pp. 102-5.

<sup>56</sup>Diario de Sesiones del Congreso [en adelante D. S. C.], Legislatura de 1837-1838, tomo I, p. 112.

<sup>57</sup>Ibid., tomo IV, índice, p. 20.

<sup>58</sup>A este respecto, los Alvear ya compraron fincas expropiadas en 1805 y sobresale que de las 20 fincas que Diego de Alvear y Ward declaró que poseía en 1846, 10 procedían de las desamortizaciones -12 aranzadas de olivar (el 9,28% del total de la superficie de este cultivo que era de su propiedad) y 8 fans. 2 cels. de tierra calma (el 17,78%), con un coste de 106.306 rs., siendo adquiridas en 1805, 1839 y 1840. También, en la misma fecha su hermano Enrique afirmó que era dueño de 8 fincas, de las que 6 eran desamortizadas -28 aranzadas de olivar (el 87,5%) y 1,5 fans. de tierra calma (el 25%)-, habiendo sido compradas en aquellos tres años. Por último, su madre adquirió en 1838 un olivar de 384 pies en el sitio de *El Carril* que perteneció a las monjas de Santa Clara de Montilla, rematado en 20.100 rs. A. M. M., Declaraciones juradas de fincas rústicas de Diego y Enrique Alvear y Ward, leg. 643B, exps. 6 y 7. Archivo Histórico Provincial de Córdoba, Venta de bienes procedentes del clero regular, núms. 390 al 786, inventario de 1838 a 1839, libro 1.453, fol. 295 v., 2-X-1838.

<sup>59</sup>E. AGUILAR GAVILÁN, *op. cit.*, pp. 105-9.

<sup>60</sup>Por su parte, Alvear y Ward obtuvo la irrisoria cifra de 20 votos. *Ibid.*, pp. 112 y 123-4.

intervencionismo ministerial (fraudes, ceses arbitrarios, amenazas, etc.)<sup>61</sup>.

En cuanto a Diego Alvear, al parecer, no contaba con el beneplácito de los notables del partido en Madrid, quienes pretendían imponer en la candidatura por Córdoba a individuos ajenos a la provincia. Tras una larga pugna, se llegó a una solución de compromiso, siendo aceptados como candidatos dos «cuneros» a cambio de la presencia en la misma de Alvear, que resultó el sexto más votado, obteniendo el Moderantismo el triunfo a nivel nacional<sup>62</sup>.

Una vez en el Congreso, Alvear, después de jurar el cargo el 18 de marzo de 1840, participó activamente en apoyo del Gobierno. De hecho, fue en esta Legislatura, pese a su brevedad (18-II/11-X-1840), en la que tuvo un papel más importante, siendo nombrado tercer secretario de la Cámara, vicepresidente de la primera sección y miembro de las siguientes comisiones: incompatibilidad de sueldos con el cargo de diputado; censo de población de Granada; felicitación a la «Reina Gobernadora» en su cumpleaños; reparación del muelle del Portal de Jerez; y, pensión a la viuda y huérfanos del coronel Urbina, de la que también fue su secretario<sup>63</sup>.

Pero, tras la obligada renuncia de María Cristina y la subida al poder del progresista Espartero; inmediatamente, se convocaron elecciones a Cortes para febrero de 1841, a las que Alvear no concurrió, aunque sí lo hizo en las siguientes, las de febrero de 1843, dentro de la candidatura de los progresistas opuestos al duque de la Victoria, dada la decisión del Comité Nacional de los moderados de no presentar una lista propia, alzándose con el triunfo, aunque el prócer montillano no resultó elegido<sup>64</sup>.

La configuración de esta candidatura mixta fue el preludio de una amplia coalición contra los «ayacuchos».

La oposición consiguió el nombramiento como jefe del Gobierno de Joaquín María López, uno de los críticos de Espartero, ya muy debilitado por la pérdida del apoyo popular tras el bombardeo de Barcelona y por la acción de unas Cortes opositoras.

Entre las primeras medidas del nuevo gabinete destacó la destitución del general esparterista Linage en la Inspección General de Infantería, negándose el Regente a firmar el cese, por lo que López dimitió.

La continuación, ante su debilidad parlamentaria, impulsó la disolución del Parlamento, provocando una cadena de revueltas en el verano de 1843 organizadas por la coalición moderada-progresista. Tras la derrota esparterista de Torrejón, Espartero partió desde el Puerto de Santa María hacia el exilio londinense, dando paso al reinado propiamente dicho de Isabel II.

De vuelta en la jefatura del gobierno, López convo-

có elecciones generales para septiembre de 1843 con el fin de normalizar la situación política del país.

Por su parte, moderados y progresistas, para consolidar las debilitadas instituciones, mantuvieron la unión que les llevó a derrotar al Regente, dando lugar a la aparición de un nuevo partido, el Parlamentario, aunque su vigencia fue únicamente de cara a las elecciones inmediatas, no perdurando en el tiempo.

En Córdoba, el Moderantismo empezó a tener un progresivo protagonismo, ante la fragmentación de los progresistas y la reacción conservadora de buena parte de la sociedad por las continuas convulsiones, controlando las instituciones provinciales y municipales, así como el comité electoral del Partido Parlamentario, copando los puestos de la candidatura y primando sus ideas en los manifestos de la coalición. Esto dio lugar a que el Progresismo más crítico presentase una lista propia, aunque con escaso éxito.

Estas votaciones estuvieron caracterizadas por multitud de incidentes -sublevación armada de carácter junta en Córdoba capital, ausencia de comisionados de varios distritos, alta abstención, etc.-, consecuencia del intento de boicot de los comicios por parte de los progresistas, temerosos de la preponderancia moderada.

En este enrarecido ambiente, los candidatos del Partido Parlamentario obtuvieron tanto a nivel nacional como en la provincia cordobesa un triunfo arrollador, siendo Diego de Alvear elegido diputado<sup>65</sup>.

Sin embargo, en esta ocasión su paso por el Congreso fue meramente anecdótico, en cuanto a que en los dos meses que las Cortes permanecieron activas (15-X/27-XII-1843) no fue miembro de ninguna comisión, ni desempeñó cargo alguno en la Cámara<sup>66</sup>.

Desde luego, como ya se esperaba, la coalición tuvo una escasa continuidad, al ser los progresistas apartados del gobierno, imponiéndose los moderados primero con el gabinete de transición de González Bravo (diciembre de 1843) y, finalmente, con el de Narváez (mayo de 1844), verdadero hombre fuerte del Moderantismo.

Inmediatamente, el duque de Valencia disolvió las Cortes y convocó elecciones generales para septiembre de 1844. Los progresistas decidieron autoexcluirse, de ahí que los moderados lograsen una cómoda victoria.

No obstante, en Córdoba hubo disidencias al incluirse en la candidatura monárquico-constitucional a individuos de conocido pasado progresista, optándose por una lista muy amplia con once candidatos al Congreso, cuando a la provincia únicamente le correspondían elegir seis, lo que supuso que varios reputados dirigentes moderados no fueran elegidos, como fue el caso del propio Alvear<sup>67</sup>. Éste, además, pese a no estar dentro de la candidatura para la

<sup>61</sup>Ibid., pp. 126-33.

<sup>62</sup>Ibid., pp. 130 y 141-43.

<sup>63</sup>D. S. C., Legislatura de 1840, tomo V, índice, p. 10.

<sup>64</sup>Sobre el desarrollo de las elecciones de 1841 y febrero de 1843 en Córdoba, vid. E. AGUILAR GAVILÁN, *op. cit.*, pp. 145-63.

<sup>65</sup>Ibid., pp. 166-75.

<sup>66</sup>D. S. C., Legislatura de 1843-1844, índice, p. 7.

<sup>67</sup>E. AGUILAR GAVILÁN, *op. cit.*, pp. 180-9.



elección de la terna al Senado recibió 14 votos en la ciudad de su ascendencia familiar<sup>68</sup>.

En 1846 las disputas entre las distintas corrientes en el seno del Moderantismo hacían sucederse los gabinetes por un corto período de tiempo, consecuencia de su debilidad parlamentaria al no contar ninguno con una mayoría suficiente, por lo que se hicieron necesarias nuevas elecciones generales, quedando fijadas para diciembre de aquel año.

En ellas se enfrentaron los progresistas -incorporados a la pugna electoral tras su exclusión voluntaria en los comicios de 1844-, los moderados «puritanos» -los liderados por Joaquín Francisco Pacheco- y la corriente mayoritaria del Moderantismo -agrupada en torno al gobierno Istúriz-.

La división entre los moderados tuvo una significativa incidencia en Córdoba, dado que Pacheco concurre como candidato en dos de sus distritos, recibiendo incluso el apoyo progresista. Esto hizo que las autoridades provinciales y municipales progubernamentales se esmeraran en intervenir de forma fraudulenta en apoyo de los candidatos ministeriales<sup>69</sup>.

Además, estas elecciones se organizaron en base a la nueva Ley electoral sancionada en marzo de 1846, una de cuyas novedades era que los candidatos comparecían a título individual por un distrito, en lugar de incluidos en una lista provincial. Alvear se presentó por el distrito de donde era oriunda su familia y él uno de sus mayores propietarios, Montilla, donde venció con holgura al progresista Francisco Padilla y al también moderado José Francisco Morejón<sup>70</sup>.

En cuanto a su labor parlamentaria (juró el 26 de enero de 1847) como miembro de la corriente progubernamental tuvo un destacado papel, siendo miembro de las comisiones de Peticiones (dictaminaba sobre las solicitudes realizadas a la Cámara por otras instituciones o particulares, recomendando su envío al gobierno, su aplazamiento o su desestimación), supresión del 20 por ciento de propios (impuesto que obligaba a los ayuntamientos a satisfacer al Estado una quinta parte de sus beneficios anuales por los bienes comunales) y, pesas y medidas (encargada de preparar la implantación del sistema métrico decimal, estableciéndose por Ley de 19 de julio de 1849)<sup>71</sup>.

Pero, como ya hemos comentado, sólo unos meses después abandonó su cargo al haber sido designado primera autoridad civil de la provincia de Córdoba.

Sin embargo, ni muchísimo menos esto supuso el fin de la relación de los influyentes Alvear con las Cortes

decimonónicas, recogiendo el testigo de Diego sus hermanos.

Precisamente, uno de los cometidos del flamante jefe político fue presidir las elecciones parciales a Cortes de octubre de 1847 en los distritos de Cabra y Montilla<sup>72</sup>. En este último concurrió en solitario su hermano Tomás, que, pese a su corta edad era ya capitán de fragata, siendo, por supuesto, elegido, continuando el escaño en la familia<sup>73</sup>.

En cuanto a su papel en el Congreso (juró el 13 de enero de 1848), formó parte de las comisiones de «Establecimiento de faros» (de la que también fue su secretario, interviniendo decididamente en apoyo del gobierno con un discurso en favor del proyecto de ley para crear un impuesto de faros sobre los barcos<sup>74</sup>), «Presupuestos» y «Pensiones a las familias de los que han muerto en defensa del orden público»<sup>75</sup>. De este modo, se centró en gran medida en aquellos cometidos más relacionados con su carrera naval.

Así pues, durante el período en que fue diputado (1848-50) su labor parlamentaria no fue muy amplia, debido a que sólo abandonó el servicio activo en la Armada en contadas ocasiones, llegando incluso a ser beneficiado por el gobierno moderado con el mando de una corbeta de nueva construcción. De este modo, Tomás Alvear engrosó las cifras de los miembros del estamento castrense que sin llegar a colgar del todo el uniforme participaron activamente en la política, práctica común en la España decimonónica.

Desde luego, la forma en que Tomás Alvear accedió a la Cámara Baja y los favores gubernamentales recibidos fue reflejada por la folletería satírica de crítica política de su época, señalándose, también, la ambición de la familia. Así, en uno de esos folletos se decía:

«Es capitán de fragata y vino a bordo del Congreso cuando su hermano don Diego renunció generosamente la diputación a consecuencia de haber sido nombrado jefe político de Córdoba. Mandaba el bergantín *Ligero* y, sin salir del Congreso, que es lo más raro, puso la proa a la corbeta *Ferrolana* y la tomó al abordaje.

Pertenecen estos señores a una familia muy acomodada; pero... a Dios rogando y con el mazo dando.»<sup>76</sup>

Sin embargo, éste no fue el fin de la relación de la familia Alvear y Ward con el Congreso, reservándole el tiempo a otro de sus miembros un eminente cometido, aunque en esta ocasión no fuera como parlamentario.

<sup>68</sup> A. M. M., Elección de diputados y propuesta de senadores de 1844, leg. 629A, exp. 4.

<sup>69</sup> E. AGUILAR GAVILÁN, *op. cit.*, pp. 196-200.

<sup>70</sup> Obtuvo 113 votos (el 67% del total de los sufragios) frente a los 40 de Padilla (el 23,72%) y los 17 de Morejón (el 9,28%). Archivo del Congreso de los Diputados [en adelante A. C. D.], Serie de documentación electoral, leg. 25, documento 12.

<sup>71</sup> D. S. C., Legislatura de 1846-1847, tomo II, índice, p. 13.

<sup>72</sup> E. AGUILAR GAVILÁN, *op. cit.*, pp. 212-3.

<sup>73</sup> Curiosamente, Tomás recibió el mismo número de sufragios que Diego en las elecciones de 1846, 113 votos, destacando la altísima abstención (alcanzó el 58,3%), no resultando extraño que no hubiera ningún otro candidato si tenemos en cuenta que Alvear contaba con todo el apoyo institucional y se presentaba por el distrito donde su familia poseía importantes propiedades y gozaba de una indiscutible preeminencia. A. C. D., Serie de documentación electoral, leg. 25, documento 12.

<sup>74</sup> D. S. C., Legislatura de 1848-49, tomo I, 5-II-1849, pp. 517-8.

<sup>75</sup> D. S. C., Legislaturas de 1847-48 y 1848-49, índices, pp. 6 y 4 respectivamente. En la Legislatura de 1849-50 (índice, p. 2), no se refleja que perteneciera a ninguna otra comisión.

<sup>76</sup> *Semblanzas de los 340 diputados a Cortes que han figurado en la legislatura de 1849 a 1850*, Madrid, 1850, p. 11.

Nos referimos al coronel Francisco de Alvear y Ward, el menor de los hijos varones, quien en 1865, en el culmen de su brillante carrera castrense, como director de la Fábrica de Artillería de Sevilla, se encargó de dirigir la fundición de los dos leones que adornarían el pórtico del recién construido Palacio del Congreso de los Diputados<sup>77</sup>.

Efectivamente, Ponciano Ponzano, autor del tímpano del frontispicio de dicho edificio, recibió el encargo de modelarlos<sup>78</sup>, iniciando los trabajos a mediados de 1864 y concluyéndolos, al parecer, en enero del año siguiente<sup>79</sup>, mientras que José Bellver los esculpió en piedra.

No obstante, una vez concluidos los modelos, se planteó el problema de su fundición, dadas las dificultades técnicas que ello conllevaba, decidiéndose en un primer momento que este trabajo debía realizarse en el extranjero, pero se solicitó que se fundieran en Sevilla, lo que fue aceptado.

Con tal fin, se emplearía el bronce de los cañones tomados al enemigo en la Guerra de África en 1860, para que sirvieran como recuerdo de esta gesta nacional.

Los trabajos de fundición comenzaron en febrero, terminándose el primer león en mayo siguiente y, el segundo un mes y medio después, siendo felicitado Alvear tanto por el representante de la comisión del Congreso, el general José de Reina, como por el director general de Artillería, el teniente general Cayetano Urbina y Daoiz, ordenando este último que se colocara en las peanas la siguiente inscripción: «Fundición de Artillería de Sevilla. 1865. Con cañones tomados al enemigo en la Guerra de África en 1860»<sup>80</sup>.

Dado el éxito del trabajo y, en vista de la lista del personal civil y militar que participó en el mismo, aportada por el propio Alvear, se premió a los siguientes individuos:

-Francisco de Alvear, coronel-director, con la cruz de 2.ª clase del Mérito Militar.

-Joaquín María Enrile, teniente coronel, subdirector y jefe del detall, con la cruz de 2.ª clase del Mérito Militar.

-Joaquín Sangrán, comandante, jefe de los talleres de carpintería y cerrajería, y encargado interinamente del taller de fundición de hierro, con la cruz de 1.ª clase del Mérito Militar.

-Diego Martín y Bolaños, capitán y jefe del taller de moltería de barro, con la cruz de 1.ª clase del Mérito Militar.

-Augusto Placencia, capitán y jefe del taller de construcción, con la cruz de 1.ª clase del Mérito Militar.

-Rafael Halcón, capitán y jefe del taller de fundición de hierro, con la cruz de 1.ª clase del Mérito Militar.

-Teodoro Bermúdez, teniente y ayudante de taller destinado al de fundición de hierro, con la cruz de 1.ª clase del Mérito Militar.

-José Durán, teniente y, ayudante de taller destinado al de construcción y al de moltería de barro, con la cruz de 1.ª clase del Mérito Militar.

-Prudencio Suárez<sup>81</sup>, maestro de moltería de la Fábrica de Trubia, con la cruz sencilla de Isabel la Católica<sup>82</sup>.

Además, el Congreso gratificó, también por recomendación de Alvear, con 7.500 ptas. a los obreros de la fábrica y al propio director con un reloj de oro con la siguiente dedicatoria: «Al coronel de Artillería don Francisco de Alvear y Ward, la Comisión de gobierno interior. Legislatura del 64 al 65»<sup>83</sup>.

Una vez concluidos los trabajos de fundición, se encargó el cincelado al escultor galo Jacinto Bergeret, por mediación del propio Ponzano, pero, ante las dificultades de este trabajo, se dilató en el tiempo, finalizándose en 1872<sup>84</sup>, bajo la dirección del coronel-director Ramón de Ossa, pese a las continuas exigencias del Congreso para que se terminaran cuanto antes, causando tremendos quebraderos de cabeza a Alvear<sup>85</sup>, quien, por requeiebros del destino no pudo ser el que los entregara, al retirarse a sus posesiones de Montilla para encargarse de la administración de las propiedades familiares tras la muerte de su hermano Tomás.

También, Francisco Alvear tuvo un fugaz paso por la política, pero ya en la Restauración, al ser elegido senador en 1877, cargo obtenido tras poner en juego el entramado de influencias y relaciones personales que tenía la familia, como estudiaremos más detenidamente en el próximo epí-

<sup>77</sup>A. C. D., Gobierno Interior, leg. 8, exp. 24.

<sup>78</sup>*El Congreso de los Diputados*, 4.ª edición, Madrid, 1996, p. 30.

<sup>79</sup>A. J. B. A. Z., artículo de J. A. VÁZQUEZ, «Historia compendiada de los populares leones del Congreso», *ABC*, sin fechar.

<sup>80</sup>A. J. B. A. Z., Correspondencia de Francisco de Alvear y Ward, cartas de 8 y 22-VI, y 8-VIII-1865.

<sup>81</sup>Al parecer, este operario fue el encargado de realizar los moldes de los leones, perdiendo un ojo en este servicio, por lo que Alvear solicitó que el Cuerpo de Artillería le concediese un sobresueldo mensual. A. J. B. A. Z., Correspondencia de Francisco de Alvear y Ward, carta de 28-VII-1865.

<sup>82</sup>*Ibid.*, cartas de Francisco de Alvear a José de Reina y viceversa, 10 y 22-VII-1865.

<sup>83</sup>*Ibid.*, carta de José de Reina a Francisco de Alvear, 22-VII-1865.

<sup>84</sup>A. J. B. A. Z., artículo de J. A. Vázquez, «Historia compendiada de ... A. C. D., Gobierno Interior, leg. 8, exp. 24.

<sup>85</sup>En la copia de una carta al general Mariano Abarategui, le confesaba:

«Malísimos ratos me han dado los dichosos leoncitos por la ansiedad que se tiene en verlos concluidos, sin hacerse cargo del gran trabajo que tienen y el tiempo que se necesita. Tres comisiones lleva mandadas el Congreso de Sres. Diputados para enterarse del estado en que se encuentran, y con gusto puedo decir a V. que han quedado completamente satisfechas, dándome las dos primeras amplias facultades para seguir del mismo modo sin considerar el tiempo; de la tercera no puedo decir lo que pensarán, pues no los han visto y sólo por escrito se han enterado. Todo el mundo que los ve dice lo mismo, lo cual me cerciora debe continuarse como ahora. Yo espero que el Cuerpo y el objeto a que son destinados saldrán airoso, son todos nuestros deseos. El tiempo en que se concluirán no puede fijarse, será aún mucho, pues el trabajo lo requiere [...]. Es necesario hacerse cargo de que nunca se ha hecho un trabajo como éste por este país, y que no se encuentran hombres a propósito y que merezcan confianza, el mal resultado sería una fatalidad. Entre otros casos sé que cuatro que hicieron en Londres para un monumento tardaron doce años, durante este tiempo sufrí mucho la fábrica que los construyó, pero después fue bien recompensada por el público que vio el trabajo. Espero, vuelvo a decir, que al Cuerpo le merecerá lo mismo.

Como el cincelado empieza a sufrir, me ha parecido escribir al general D. F. de Elorza, que fue quien lo recomendó, para ver si en España o fuera de ella encuentra quién pueda venir a ayudarlo. La contestación se la manifestaré a V. E. Por nuestra parte haremos todo lo posible por cumplir con el cometido.»

A. J. B. A. Z., Correspondencia de Francisco de Alvear y Ward, 29-V-1867.

grafe. Pese a su desgana para entrar en política<sup>86</sup>, Alvear fue elegido senador por Ciudad Real<sup>87</sup> en las elecciones de abril de 1877 dentro de la candidatura ministerial<sup>88</sup>.

No obstante, su deseo hubiese sido ocupar un escaño por Córdoba, pero por cuestiones ajenas a su voluntad no fue satisfecho<sup>89</sup>; y, además, acceder a este cargo fue más un deseo de su esposa que del propio afectado<sup>90</sup>.

Dado su desinterés de partida por ocupar un cargo público y el no haber sido correspondido en su anhelo de representar a la provincia en la que detentaba un considerable patrimonio, pese a presentar sus credenciales y ser aprobada su acta, no llegó a jurar, por lo que su papel parlamentario fue simplemente inexistente<sup>91</sup>.

Desde luego, Francisco de Alvear y Ward nunca mostró un gran interés por la política, al contrario que sus hermanos Tomás y, sobre todo, Diego, sus tíos políticos los senadores vitalicios Joaquín Gómez de la Cortina, marqués de Morante, y Fernando Rodríguez de Rivas (éste, también, diputado en tres ocasiones), y su sobrino José de la Cerda y Alvear, último vástago de esta saga en pasar por las Cortes, quien fue elegido dentro de la candidatura del Partido Conservador el 5-IV-1896 por el distrito de La Bisbal (Gerona), desempeñando su escaño hasta el 26-II-1898, sin que su labor en la Cámara Baja fuese precisamente muy significativa<sup>92</sup>.

A continuación quedará demostrado que para conseguir la senaduría se puso en juego el clientelismo político y las amistades personales que disfrutaban los Alvear y Ward con las altas esferas del Estado.

#### 4. USOS DEL PODER Y ESTRATEGIAS FAMILIARES: DESARROLLO DE INFLUENCIAS POLÍTICAS, ASCENSO SOCIAL Y FORTALECIMIENTO ECONÓMICO.

Una vez que hemos estudiado el perfil prosopográfico de los miembros de esta familia y su ascen-

so hasta codearse con la oligarquía nacional, analizaremos cómo ejercieron su poder.

Los Alvear y Ward configuraron un denso entramado de influencias gracias al prestigio y buenas relaciones de sus progenitores, desarrollo de su propia capacidad intelectual, ejercicio de sus profesiones, numerosos viajes, matrimonios, etc., entablando íntimas relaciones con la Corona, aristocracia y alta burguesía tanto nacionales como extranjeras, las cuales utilizarían para el fomento de sus intereses económicos, políticos y, como no, sociales.

Así pues, sin menospreciar sus laudables aptitudes personales, no podemos pasar por alto los beneficios que propició a la familia su incipiente situación socioeconómica y política, actuando siempre de forma unida para apoyarse entre sus vástagos y fortalecer su posición.

Seguidamente, resaltaremos con ejemplos prácticos, algunos ya mencionados en páginas anteriores, cómo utilizó esta familia el poder que fue adquiriendo.

#### 4.1. Integración en el clientelismo político nacional.

Como sabemos, el primero de los Alvear en participar de forma directa en la política nacional fue Diego de Alvear y Ward, siendo también el primero de la saga en integrarse en el clientelismo nacional, es decir, en ese mundo de dependencia y obligación caracterizado porque las demandas y necesidades se canalizaban a través de relaciones privadas (favor, amistad, familia, recomendación, ...) <sup>93</sup>. Así pues, su incondicional apoyo a los gobiernos moderados le permitió ser diputado a Cortes en varias ocasiones y jefe político de Córdoba, cargo que utilizó para beneficiar a su familia, concretamente a su hermano Tomás, al conseguir que lo reemplazara en la Cámara Baja, claro ejemplo de herencia extraoficial de un cargo político. Y, éste, a su vez, durante su permanencia en el Parlamento (o, más bien

<sup>86</sup>En 1876 ya rechazó un cargo público, que Antonio de Mena y Zorrilla, diputado y jerarca del conservadurismo andaluz, le había ofrecido, respondiéndole:

«Muy Sr. mío y estimado amigo:

He recibido con mucho gusto su apreciable [carta] del 19 y en contestación debo decirle que siento en el alma no poder corresponder a sus deseos como quisiera. Por mi carácter militar nunca me he metido en política y cuando me retiré lo hice decidido a seguir en los mismos términos, teniendo, además, otras poderosas razones para ello [...].

Esta conducta no se crea vos me libra de hacer con mucho gusto por el pueblo y todos sus individuos cuanto puedo en su obsequio, como es notorio y como seguiré haciendo, y como vos conoce muy bien esto también cuesta sacrificio de todas clases.

Lo que deseo, por mi edad y mis 40 años de servicio, es que se me deje tranquilo, como bien merezco y como hasta ahora han hecho todos los partidos, ayuntamientos y amigos.»

A. J. B. A. Z., carta de 23-X-1876.

<sup>87</sup>La única relación de Francisco de Alvear con esta provincia, si es que la hubo, era que el tío de su esposa era uno de sus grandes propietarios, siendo, pues, un candidato cuenco.

<sup>88</sup>Obtuvo 107 votos, siendo elegido en tercer lugar. A. S., Expediente personal del Senador Francisco Alvear por la provincia de Ciudad Real, leg. 11, núm. 9.

<sup>89</sup>Al parecer, estaba previsto su elección por aclamación en su provincia natal, pero debido a los compromisos políticos que existían en la cordobesa, sus amigos políticos dispusieron presentarlo en la manchega. A. J. B. A. Z., Anotaciones del conde de la Cortina a la correspondencia de su padre, sin fechar.

<sup>90</sup>En una de las cartas de Joaquina Gómez de la Cortina a Sabina Alvear sólo seis días después de las elecciones se muestra el arrepentimiento de haber resultado elegidos, haciendo especial énfasis en pluralizar la condición de senadores, expresándose como si ella también lo fuera, al afirmar:

«[...] es advertido para vuestra tranquilidad que pasado el primer momento ya estamos resignados a ser senadores, pues el renunciar ahora parecería cosa de chiquillos. Pasa pienso mandar la correspondencia escrita y telegráfica que ha tenido con el gobernador de Córdoba para que os informéis de todo. La verdad es que aquí somos héroes por fuerza. Ya le ha escrito al presidente de la Diputación Provincial de nuestro distrito una carta muy fina dándole las gracias por su deferencia y ofreciéndose a sus órdenes. De manera que, como he dicho al principio, ya estamos muy resignados.»

A. J. B. A. Z., carta de 11-IV-1877.

<sup>91</sup>Diario de Sesiones del Senado, Legislatura de 1877, índice, p. 21.

<sup>92</sup>A. C. D., Serie de documentación electoral, leg. 109, documento 20.

<sup>93</sup>Cfr. M. A. PEÑA GUERRERO y M. SIERRA, "Andalucía", en J. VALERA ORTEGA (dir.), *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, 2001, pp. 17-43. M. ZAFRA VÍCTOR, "El marco político y la génesis del caciquismo", en A. ROBLES EGGA (comp.), *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo político en la España contemporánea*, Madrid, 1996, pp. 95-115. J. TUSELL GÓMEZ, *Oligarquía y caciquismo en Andalucía (1890-1923)*, Barcelona, 1976. J. VARELA ORTEGA, *Los amigos políticos*, Madrid, 2001.

su ausencia, dado que en el período en que fue diputado ocupó en contadas ocasiones su escaño), se vio favorecido por la oligarquía gobernante moderada con los nombramientos para capitanear buques de nueva construcción y con los continuos ascensos en el escalafón de la Armada.

No obstante, sin duda, la demostración más notoria de que los Alvear formaban parte del clientelismo político nacional, dentro del partido conservador, lo constituye el hecho de la elección de Francisco de Alvear y Ward como senador.

En 1877, pocos años después de que éste abandonara su prometedora carrera militar para administrar los bienes familiares y estableciera su residencia en Montilla, su esposa, María Joaquina Gómez de la Cortina, le manifestaba a su cuñada Candelaria:

«Según me contaba mi madre, en otros tiempos, cuando un gentilhombre moría, el hijo llevaba la llave a entregarla al Rey y S. M. le concedía la gracia. Si ahora se sigue la misma regla, Paco puede llevar la de mi padre (q. e. p. d.), que no la ha entregado todavía.

Ya que la suerte no nos favorece en pesetas, probaremos a ver si en honor es más pródiga.

Anoche me dijo Carlos<sup>94</sup> que pensaban nombrar a Paco senador. No me parece mal [...]. A Carlos lo quieren para diputado provincial. Así está la cosa mejor arreglada.»<sup>95</sup>

En otra carta dirigida a su cuñada Sabina, fue aún más explícita en sus intenciones al afirmar:

«Carlos sale diputado y yo quisiera que Paco fuera senador, así que hablar a Mena y Cánovas en ese sentido, pues, aunque mi caro esposo no es amigo de figurar, como sé que por los hijos se deben procurar honores y pesetas, para conseguir las últimas no hay gran suerte, llamemos a la puerta de los primeros a ver si Dios quiere que por ahí se haga carrera [...]. Tenemos obligación de procurar elevarnos para legar a los hijos el mayor aumento en toda clase de bienes. Creo que Vds. serán de mi opinión y más cuando el cargo de senador [...] no es de gran sujeción y responsabilidad.»<sup>96</sup>

Aparte de la clara intención de favorecer el prestigio de la familia, pero procurando que el cargo a ocupar no

tuviera demasiadas obligaciones, con estas líneas se demuestran las sobresalientes influencias de las que gozaban con la jerarquía gobernante, a través de Antonio de Mena y Zorrilla -a la sazón diputado a Cortes electo en 1876 por el distrito de Montilla y Director General de Instrucción Pública- y Antonio Cánovas del Castillo -entonces Presidente del Consejo de Ministros-, ambos muy relacionados con los Alvear. De hecho, el promotor de la Restauración era sobrino del general Zavala de la Puente (testigo en la boda de Catalina de Alvear), estaba entre los individuos a los que se comunicó el enlace Alvear-Gómez de la Cortina y, era íntimo amigo de Sabina Alvear, por lo que es a ella a la que se le exhortó a que intercediera ante él<sup>97</sup>. Por su parte, Mena, abogado y profesor sevillano ajeno al distrito montillano, por lo tanto cuñado, al parecer, logró su escaño de forma fraudulenta, dado que, según denuncias de la oposición, los votantes fueron coaccionados y se cometieron multitud de irregularidades, acusándose de estas arbitrariedades al entonces alcalde de Montilla<sup>98</sup>, primo hermano de los Alvear y Ward<sup>99</sup>.

Desde luego, las conexiones con la oligarquía gobernante de los Alvear dieron sus frutos rápidamente, dado que, como ya hemos comentado, Francisco Alvear fue elegido senador por la provincia de Ciudad Real en las elecciones de abril de 1877, como contrapartida a la buena amistad con Cánovas y pago clientelar por el apoyo prestado por los Alvear en la elección de Mena.

## 4.2. Obtención de honores, cargos y otros beneficios.

Aparte de los ascensos que los Alvear y Ward disfrutaron en sus respectivas carreras, hay que destacar varios nombramientos honoríficos otorgados por la Corona, como el de vocales del Consejo de Agricultura, Industria y Comercio concedidos a Diego y Enrique -recibiendo este último, además, el de Auditor Honorario de Marina solo unos días después de haberlo solicitado-, o el de vocal de la junta real de damas para recaudar fondos con el fin de construir la Catedral de la Almudena otorgado a Sabina.

Sin olvidar que Diego de Alvear y Ponce de León logró, gracias a sus amistades castrenses, que dos de sus hijos y un sobrino ingresaran en la Academia militar, y que él mismo fuera rehabilitado tras su expulsión de la Armada al verse perseguido por su colaboración con los liberales

<sup>94</sup>Se refiere a Carlos de Alvear Ruiz-Lorenzo (Montilla, 23-III-1831/íd., 30-III-1880), hijo de Juan de Alvear Pineda y de Concepción Ruiz-Lorenzo y López de Parisa, primo segundo de los Alvear y Ward, y muy influyente entre el conservadurismo cordobés, siendo elegido diputado provincial en 1866 y 1877.

<sup>95</sup>A. J. B. A. Z., carta de 9-II-1877. Efectivamente, Carlos fue elegido diputado provincial por el partido judicial de Montilla en las elecciones del 3 al 6 de marzo. A. M. M., Actas de las elecciones a diputados provinciales de 1877, leg. 655A, exps. 10-4.

<sup>96</sup>A. J. B. A. Z., carta de 5-III-1877.

<sup>97</sup>En este sentido, Cánovas debió sentir un especial afecto por Sabina Alvear, no siendo ésta ni la primera ni la última vez que otorgaba favores a la familia a través de aquella, tal y como se deduce de la correspondencia consultada, dado que en 1876 Joaquina Gómez de la Cortina le decía a Sabina: «Yo desearía que trabajasen Vds. con Cánovas y cuanto sea posible para conseguir que dicho edificio [en referencia al Colegio de Santa Isabel en Madrid] se lo den a la Asunción [la congregación de monjas de Málaga donde estudiaban sus hijas]». Y, en 1884, Francisco Alvear felicitaba a su hermana por haber conseguido para él una nueva condecoración, gracias a su amistad con el prócer malagueño, afirmando: «Hoy con más tiempo te escribo para darte las gracias por lo bien que lo has hecho con lo de la cruz. Yo me he alegrado por vos, pues Cánovas os ha dado buenas pruebas que no olvida a vos». A. J. B. A. Z., cartas de 3-VI y 19-II, respectivamente.

<sup>98</sup>D. S. C., Legislatura de 1876, tomo I, sesión de 21-II-1876, pp. 89-95.

<sup>99</sup>Se trata de Agustín de Alvear y Castilla (Montilla, 28-VIII-1814/íd., 21-X-1882), casado con María del Carmen Maldonado-Cisneros e Hidalgo de Luque, hijo del capitán de fragata Rafael de Alvear y Ponce de León, gran propietario rústico y una de las principales figuras del conservadurismo local, ejerciendo un preponderante caciquismo. Fue regidor y diputado provincial, ocupando la alcaldía montillana en diversos períodos (1857-1859, 1864-1865, 1867-1868 y 1874-1876).



durante el Trienio.

A esto debemos añadir la utilización de sus influencias para conseguir empleos públicos para sus familiares, tal y como se refleja en la carta enviada por Joaquina Gómez de la Cortina a su cuñada Sabina, en la que le pedía que utilizara sus relaciones para proporcionarle a su hermano Mariano un puesto, afirmando: «Yo creo que siendo tan buena [...] trabajarás con tus amigos del ministerio para que lo coloquen con sueldo.»<sup>100</sup>

### 4.3. Fulgurante ascenso social.

Sin duda, las bases de su ascenso social desde la pertenencia a la hidalguía rural del siglo XVIII hasta enlazar a través del matrimonio y por varias líneas con la alta aristocracia, y convertirse en asiduos invitados de algunas de las cortes europeas del XIX, las puso el patriarca de la familia, Diego de Alvear y Ponce de León, gracias a: los méritos contraídos durante sus exploraciones en Sudamérica; la fama adquirida por el arbitrario hundimiento del barco en que viajaba toda su familia, con las consiguientes pérdidas tanto humanas como económicas; la inmensa fortuna que obtuvo como indemnización por este desastre; su segundo matrimonio con Luisa Ward, miembro de una acomodada familia de comerciantes británicos; su destacada actuación en la Isla de León durante la Guerra de la Independencia y, como anfitrión del aparato gobernante del Estado y de los parlamentarios de las Cortes allí reunidas; y la mentalidad abierta de la que hizo gala, proporcionando una inusual y positiva formación intelectual a sus hijos sustentada en el conocimiento de idiomas, la inclinación hacia materias científico-técnicas y la ideología liberal.

Todo lo cual, por supuesto, sin menospreciar las indiscutibles cualidades de sus hijos, quienes fueron capaces de desarrollar sobresalientes carreras en la política, el academicismo, la marina, el ejército, etc., fruto de la conciencia emprendedora e inconformista inculcada por sus progenitores y, como ya hemos destacado en epígrafes anteriores, de las inmejorables relaciones con la elite gobernante.

Desde luego, como ya sabe el lector, una de las fórmulas utilizadas por los Alvear y Ward para su rápida escalada en la sociedad decimonónica fueron los matrimonios, buscando no sólo el ennoblecimiento, sino, también, las influencias que conllevaban para potenciar las carreras políticas y profesionales, el entronque con la oligarquía gobernante y los beneficios económicos. Actitud bastante común entre las elites del siglo XIX español, dado que la incipiente burguesía era consciente de que para pertenecer a las clases altas no bastaba con poseer una gran fortuna, sino que era necesario tener también un capital social, que per-

mitiera ser reconocido como integrante de la elite y facilitara la ampliación del patrimonio económico, pero siempre teniendo en cuenta que para la nueva oligarquía el matrimonio no era tanto un vehículo de ascenso social como una confirmación del mismo, porque sólo se podía contactar con los candidatos idóneos si previamente se había entrado en el círculo en que éstos se movían<sup>101</sup>.

De hecho, socialmente, los ancestros dieciochescos de los Alvear ya practicaban la unión vía matrimonio con familias de la oligarquía local que les podían aportar grandeza e influencias, y se debe tener en cuenta que los Alvear y Ward consiguieron emparentarse con la nobleza de más rancio abolengo gracias a los cimientos puestos por sus progenitores, posibilitando a su vez que sus descendientes, la tercera generación decimonónica, obtuvieran tres títulos nobiliarios, siempre teniendo muy presente que en el siglo XIX el deseo de obtener nobleza renovó el valor de ser noble como capital simbólico o cultural, de ahí que la mayoría de las familias ascendentes persiguieran la obtención de títulos nobiliarios, a la vez que ayudaban a incrementar el prestigio y la dominación social<sup>102</sup>.

A este respecto, resulta curioso cómo los Alvear pasaron de ser en el siglo XVIII empleados del duque de Medinaceli, con el que, incluso, llegaron a enfrentarse liderando el pleito de Montilla contra la jurisdicción señorial sobre esta ciudad, a emparentarse con una de las ramas de dicha casa nobiliaria a mediados del siglo XIX, nos referimos al enlace de Catalina de Alvear y Ward con Agustín de la Cerda Palafox, descendiente del mencionado ducado, lo que constituye una buena muestra del fulgurante ascenso social de esta saga.

Sin embargo, las generaciones posteriores experimentaron un retroceso social, sin poder preservar los títulos nobiliarios de condes del Villar -al fallecer las hijas de José de la Cerda y Alvear sin descendencia-, de Aguiar -muerta Candelaria de Alvear Gómez de la Cortina sin hijos-, el título pasó a la familia Parladé -y de la Cortina -a la muerte de Francisco de Alvear y Gómez de la Cortina, se inició un pleito entre el nieto de éste, José María de Alvear Zambrano, y una nieta de la hermana mayor de Joaquina Gómez de la Cortina, Mariana de Solís Barranco, al considerarse que no se había tenido en cuenta la línea principal de sucesión; tras varios años en que el título pasó de uno a otro de los demandantes, finalmente en 1967 quedó en manos de Mariana de Solís-.

Por último, antes de concluir este epígrafe, hay un hecho a destacar, como fue el protagonismo de los miembros femeninos de la familia en el fulgurante ascenso social de los Alvear, siendo prácticamente ellas quienes mantuvieron y potenciaron el entramado de relaciones al más alto nivel que iniciara el patriarca de la saga, el brigadier Diego

<sup>100</sup>A. J. B. A. Z., carta de 3-1-1863.

<sup>101</sup>Hechos que se constatan en el análisis de diversas familias burguesas decimonónicas de distintas zonas peninsulares. Cfr. J. CRUZ, *op. cit.* C. WINDLER, *op. cit.* D. MARTÍNEZ LÓPEZ, *Tierra, herencia y matrimonio. Un modelo sobre la formación de la burguesía agraria andaluza (siglos XVIII-XIX)*, Jaén, 1996. M. SIERRA, *La familia Ybarra, empresarios y políticos*, Sevilla, 1992. G. W. McDONOGH, *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*, Barcelona, 1989. A. RAMOS SANTANA, *La burguesía gaditana en la época isabelina*, Cádiz, 1987. F. HERAN, *Tierra y parentesco en el campo sevillano: La revolución agrícola del siglo XIX*, Madrid, 1980.

<sup>102</sup>Cfr. J. CRUZ, *op. cit.*, pp. 219-220.

de Alvear y Ponce de León, pero siempre desde la aceptación del papel secundario que le asignaba la sociedad de su época, de ahí que fomentaran el ascenso y la ocupación de cargos públicos por los vástagos varones, para lograr de este modo el engrandecimiento de la familia, re trayéndose ellas voluntariamente al papel de esposas y madres al contraer matrimonio y, si mantenían su soltería, a ingresar en un convento o a permanecer junto con sus madres o hermanas (casos estos últimos practicados por la mayoría de las Alvear) con el fin de no alterar los principios sociales de su tiempo<sup>103</sup>.

#### 4.4. Conexión con las elites nacionales e internacionales.

Ya hemos comentado el ascenso social experimentado por los Alvear y Ward hasta emparentarse con la aristocracia de sangre tras la unión marital ya comentada entre Agustín de la Cerda y Catalina Alvear, pero lo que, también, resulta muy destacable para comprender su ascenso y los beneficios que obtuvieron con sus encumbradas influencias es la estrecha relación que mantuvieron con la realeza española, especialmente Luisa Ward y sus tres hijas, que eran asiduamente invitadas a bailes, reuniones y audiencias en las estancias reales<sup>104</sup>, siendo un significativo ejemplo del alto grado de acercamiento a la familia Borbón el regalo de un broche de diamantes que la duquesa de Montpensier, hermana de Isabel II, le hizo a Joaquina Gómez de la Cortina cuando se casó con Francisco Alvear, boda celebrada en 1861 que, por cierto, constituyó una buena muestra de las privilegiadas relaciones que alcanzaron los Alvear, dado que entre las personas a las que se comunicó el enlace se encontraban algunos de los personajes más destacados del panorama político, económico, social y cultural de la época, como el general Serrano, Joaquín Francisco Pacheco, Antonio Cánovas del Castillo, Antonio Gutiérrez de los Ríos, Bécquer, Ramón de Campoamor, los duques de Tetuán, Ahumada, Rivas, Medinaceli, Bailén, Fernán Núñez, Alba, ..., los marqueses de Novaliches, Miraflores, Alcañices, Santa Cruz,

San Carlos, San Felices, ..., los condes de Montijo, San Luis, Torre Marín, Oñate, Alcolea, etc.<sup>105</sup>

Pero esto no quedó ahí, sino que desarrollaron destacados contactos con la alta sociedad europea, como lo demuestran, entre otros ejemplos documentales, la invitación recibida para asistir a la recepción del embajador francés en Madrid, el vizconde de Lesseps (futuro constructor del Canal de Suez)<sup>106</sup>, o la correspondencia particular entre los miembros de la familia en la que se expresa la buena amistad con la emperatriz María Eugenia de Montijo, prima del marido de Catalina Alvear<sup>107</sup>.

#### 4.5. Fortalecimiento económico.

Los Alvear gozaban de una privilegiada posición económica, sin la cual no hubiesen podido mantener su costoso nivel de vida, realizar sus numerosos viajes, obtener una esmerada educación en los mejores colegios nacionales e internacionales, relacionarse con la alta sociedad europea de su época, dedicarse a desarrollar fulgurantes carreras profesionales y dedicarse a la política.

El pilar fundamental de su fortuna, muy diversificada, descansaba sobre las propiedades rústicas que poseían en Montilla, de hecho su inversión en tierras arranca del siglo XVIII, cuando los ancestros adquirieron diversas fincas y, para mantener sin dividir su patrimonio, ya iniciaron la estrategia de mantenerlo en proindiviso y de repartirlo entre el menor número de herederos posible a través del celibato de la mayor parte de sus vástagos, tanto masculinos como femeninos, que profesaban en diversas órdenes monásticas o entraban en el clero secular.

No obstante, las bases del ascenso económico las puso el patriarca de la saga, Diego de Alvear Ponce de León, al obtener un considerable enriquecimiento en América, habiendo enviado incluso antes de su regreso a la Península fondos a su padre y a su hermano Manuel para que estos los invirtieran en la compra de tierras y de una casa para establecerse en Montilla<sup>108</sup>. Además, cuando ocurrió el suceso de la voladura de la fragata *Mercedes*, aparte de malograrse

<sup>103</sup>A este respecto, según Pilar Muñoz López, la mujer en las familias ricas tiene un papel fundamental, dado que, aparte de dar un heredero, mantiene la red de contactos (organización de fiestas, visitas, reuniones para actos de caridad, etc.) y controla la información informal (los rumores, «gracias» a lo cual prepara el matrimonio de sus hijos al conocer quiénes son los mejores solteros, conserva la posición social de la familia al velar por el honor de sus miembros, puede destruir el prestigio social de las familias rivales y estigmatizar a los advenedizos, etc.), es decir, se caracterizan por un saber estar y un saber relacionarse distinto al saber sistematizado de los varones. Cfr. *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, 2002, p. 80.

<sup>104</sup>Se han conservado invitaciones del Palacio Real a Luisa Ward y/o a sus hijas: a una audiencia privada con Francisco de Asís, el Rey consorte (21-X-1847); a bailes en Palacio (25-XII-1848; 8 y 27-I-1849; y 3, 12 y 22-II-1849); y a visitar a María Cristina, la Reina madre (tres comunicaciones sin fechar). A. J. B. A. Z., Documentación varia.

<sup>105</sup>*Ibid.*, Lista de «Personas a las que se ha dado noticia del casamiento», sin fechar. También, recordamos al lector el elenco de la alta sociedad que asistió a la boda de la Cerda-Alvear, *vid.* nota 40.

<sup>106</sup>*Ibid.*, invitación fechada el 6-I-1849.

<sup>107</sup>Sabina le comentó a su hermano Francisco Alvear y Ward en dos de las cartas que le envió desde Inglaterra:

«Nuestra querida Emperatriz es la que ha estado cariñosísima. Al momento nos hizo ir a verla, escribiéndonos ella misma. Pobrecita. ¡Está traspasada! Se afligió muchísimo. Nos estuvo hasta pasadas las 10 de la noche comiendo allí. Casi todo el tiempo (6 horas) con ella solas. No ve a nadie, pues realmente no puede. El domingo nos volvió a llamar para ir a misa con ella y estuvimos todo el día, quedando emplazadas para el jueves próximo [...]. Ya se lo escribiré todo a su madre y ayer recibí su contestación, [mostrándose] encantada de mi carta.»

«El jueves fuimos a Chislehurst a ver a la Emperatriz y la pobre se llevó [un] gran chasco porque creyó que nos íbamos a quedar con ella. Nosotras no lo habíamos entendido así, pero le prometimos ir el martes 23 a pasar unos días con ella.»

A. J. B. A. Z., cartas de 15-VI y 9-VIII-1879. Precisamente, esta visita coincidió prácticamente con la muerte (enero de 1879) del único hijo de María Eugenia y Luis Napoleón -fallecido en 1873-, de ahí la tristeza de la emperatriz, que se sumaba a su exilio.

<sup>108</sup>Al parecer, con los caudales enviados, su hermano adquirió y edificó las dos casas en las que ambos residían en la calle Juan Díaz, debiéndole al brigadier más de 600.000 rs., lo que nos da una idea de las importantes cantidades enviadas. A. N. M., Declaración de Manuel de Alvear y Ponce de León a favor de Diego de Alvear y Ponce de León ante Antonio Delgado Toledano, 5-II-1829, libro 1.146, fols. 96-9.

casi toda su familia, Alvear, también, perdió 41.000 pesos fuertes de sus soldadas más otros 51.000 pesos fuertes en bienes que transportaba en la misma, siendo indemnizado con 21.647 libras esterlinas (12.000 libras equivalentes a sus propiedades y el resto a sus sueldos), aunque nunca fue resarcido de sus pérdidas humanas<sup>109</sup>.

Toda una inmensa fortuna para la época que permitió al marino disponer de recursos en efectivo que invirtió en la adquisición de propiedades y en el depósito de fondos en bancos extranjeros. Pero, también, de parte de ella se benefició el Estado español, gracias, al parecer, a su gran generosidad, afirmando su hija Sabina que:

«[...]había hecho Alvear varios donativos y préstamos de mayor o menor cuantía a la Corona, aún desde el tiempo de Carlos IV, en 1799, estando en la comisión de límites de América, a petición del mismo Rey, que apelaba a la generosidad y lealtad de sus súbditos a consecuencia de los apuros del erario, etc. Otra vez lo hizo de una cantidad de réditos caídos de un censo que poseía en unión con sus hermanos, también de consideración, por lo que recibieron las más expresivas gracias del ministro conde de Alcudia. Sin contar los que continuamente se entregaban en frutos y ganados, y en metálico igualmente, con motivo de las guerras exteriores e interiores, los sitios de la Isla de León y de Cádiz, y demás aflictivas circunstancias de los tiempos. De todo lo cual tenemos recibos certificados y los consiguientes documentos para reclamar el reintegro que se prometió, sin que se esperara ni se cumpliera.»<sup>110</sup>

No obstante, posiblemente la aportación más importante a la hacienda pública la hizo en 1821, cuando dispuso la venta de 28.655 francos que tenía al 5% consolidado en las bancas Delessert y Laffitte de París<sup>111</sup>, para invertirlos en los denominados «bonos de las Cortes», emitidos por el gobierno liberal del Trienio, perdiendo todo el capital tras la vuelta del absolutismo, al quedar sin validez y sin compensación alguna. Afortunadamente para la familia, Luisa Ward, sin duda, buena heredera del carácter mercantilista británico, no se dejó guiar del patriotismo de su marido, convencándolo para que mantuviera en los bancos ingleses los significativos fondos de su dote<sup>112</sup>.

En cuanto a la fortuna heredada de su anterior esposa, como ya hemos comentado, se la entregó prácticamente íntegra al único hijo superviviente de su primer matrimonio, Carlos de Alvear y Balbastro.

Continuando con la evolución económica de la fa-

milia Alvear y Ward, a la muerte del cabeza de familia en 1830, las propiedades en Montilla eran las siguientes:

-Rústicas: 12 fincas, con 55 aranzadas de viña, 2.646 pies de olivo, 17 fans. y 2,5 cels. de tierra calma; media casa de olivar; un molino aceitero; y un lagar.

-Urbanas: una casa en la calle Juan Díaz.

-Ganaderas: 50 ovejas, 14 cerdos, 2 caballerías mulares y 5 asnos<sup>113</sup>.

La administradora de todos estos bienes fue Luisa Ward mientras sus hijos permanecieron menores de edad, ayudándole en esta tarea su hijo mayor, Diego, sucediéndole a su muerte su hijo Enrique, quien a su vez fue sustituido por su hermano Tomás y, por último, por su hermano menor, Francisco.

Tanto Diego como Enrique, fallecidos a temprana edad, poseían propiedades propias ajenas al patrimonio familiar, que tras su muerte engrosaron el mismo<sup>114</sup>.

En 1861, tras el fallecimiento de Luisa Ward (1859), se procedió a la división de los bienes entre los hermanos supervivientes, incluyéndose también en el reparto los bienes de su tío Manuel de Alvear Ponce de León<sup>115</sup>, siendo los siguientes:

-Rústicos: 64,5 aranzadas y 26 estadales de viña, 10.347 pies de olivo, 4 fans. y 6 cels. de huerta, y 67 fans. y 4,5 cels. de tierra calma; un lagar; una casa de olivar; un molino aceitero; y una casa de campo.

-Urbanos: una casa en la calle Juan Díaz con su bodega anexa.

-Censos: a favor del caudal 113.034 rs. y en contra 83.608 rs.

-Títulos y efectivo: 402.000 rs. en fondos públicos al 3%; 32.472 rs. en acciones; 1.444.920 rs. en libras esterlinas del consolidado británico; y 53.381 rs. en efectivo en bancos.

-Otros: 167.283 rs. en ajuar, joyas y otros enseres. A lo que se sumó el patrimonio de Enrique Alvear y Ward: 32.830 rs. en títulos diversos; 204.000 rs. en títulos del consolidado inglés; 53.381 rs. en efectivo en bancos; y 43.153 rs. en fincas rústicas.

El valor total del patrimonio ascendió a 3.673.998 rs., más el arrendamiento del inmenso *Cortijo de Guta* (de

<sup>109</sup>S. ALVEAR Y WARD, *op. cit.*, pp. 130-3.

<sup>110</sup>*Ibid.*, pp. 272-3.

<sup>111</sup>A. N. M., Poderes de Diego de Alvear y Ponce de León a Delessert y compañía y a Jacke Laffitte y compañía ante Antonio Delgado Toledano, libro 1.142, escrituras de 6 y 11-XI-1821, fols. 246-8.

<sup>112</sup>Según Sabina Alvear, los fondos franceses rentaban anualmente al brigadier 15.000 pesos fuertes, obligándolo estas cuantiosas pérdidas a vender su casa de Cádiz. *Id.* S. ALVEAR Y WARD, *op. cit.*, p. 273.

<sup>113</sup>A. M. M., Relaciones juradas de bienes 1830, leg. 570B.

<sup>114</sup>Próxima su muerte, Diego era propietario de 157 fans. y 8 cels. de tierra, aparte del arrendamiento del cortijo de Guta; mientras que Enrique lo era de 60 fans. y 2,5 cels. de tierra, 24 vacas, 240 ovejas, 6 yeguas, 6 mulos y 8 burras. A. M. M., Amillaramientos de 1851 y 1860, legs. 534B exp. 3 y 1.187A, respectivamente.

<sup>115</sup>A. N. M., Declaración de Manuel de Alvear y Ponce de León a favor de su hermano Diego de Alvear y Ponce de León, y Testamento de Manuel de Alvear y Ponce de León, ante Antonio Delgado Toledano, libro 1.146, fols. 96-107, escrituras de 5 y 9-II-1829 respectivamente. A. N. M., Testamento y codicilo de Luisa Ward ante Francisco Solano Arjona, libros 232 y 237, fols. 492-6 y 605-7, escrituras de 12-VIII-1842 y 12-VII-1854 respectivamente.

265 fans. de tierra calma) propiedad del duque de Medinaceli<sup>116</sup>.

El considerable aumento de las propiedades rústicas, aparte de las importantes incorporaciones por herencia de su tío Manuel y, de sus hermanos Enrique y Diego, fue consecuencia del aprovechamiento de la coyuntura desamortizadora<sup>117</sup>, de la compra a particulares y del arrendamiento de predios nobiliarios, gracias a sus importantes recursos en efectivo.

Desde luego, se trata de un patrimonio muy diversificado, con varios negocios que iban desde las considerables propiedades rústicas, a ser productores oleícolas y vitivinícolas al poseer una almazara y un lagar, y elaboradores de vino en su propia bodega. Sin olvidar la sustancial cartera de valores tanto nacionales como extranjeros que poseían, asegurándose una renta segura en los años de malas cosechas y la salvaguarda ante la inestabilidad sociopolítica del país.

Además, aprovechando sus ya comentadas extraordinarias relaciones sociales, ascendencia británica y conocimientos en idiomas, iniciaron en la segunda mitad del XIX destacados intentos de exportar sus vinos a nivel internacional, coincidiendo con la favorable coyuntura para España ante los estragos causados por la filoxera en Francia y la continua apertura de líneas férreas en la Península (la línea Córdoba-Sevilla-Cádiz se inauguró en 1859 y la de Córdoba a Málaga en 1865, posibilitando un rápido transporte a los puertos<sup>118</sup>), con lo que se rompería el tópico del bodeguero que únicamente se preocupaba de la fabricación, sin interesarle su comercialización, convirtiéndose en auténticos empresarios a la búsqueda de nuevos mercados. En este incipiente comercio tuvo un especial protagonismo Sabina de Alvear y Ward, quien, desde Gran Bretaña, comunicaba a su hermano los gustos de los consumidores del país y sus gestiones para establecer relaciones comerciales estables, produciendo un vino de gran calidad destinado, naturalmente, a la alta sociedad. Así, se constatan en el último tercio del siglo diversas zonas de exportación, destacando, aparte de varias localidades españolas (Sevilla, Jerez de la Fronte-

ra, Puerto de Santa María, Segovia, Granada, Portugalete, Madrid, Palencia, ..., e incluso las Canarias), las exportaciones de carácter internacional a Gran Bretaña, Irlanda y Argentina<sup>119</sup>.

A fines de siglo, en 1895, el patrimonio de la línea principal, es decir, los Alvear y Gómez de la Cortina, ascendía a 1.181.318 rs., poseyendo los siguientes bienes:

-Rústicos: 5,74 ha. de viña; 7.210 pies de olivo; 86 fans. de olivos, encinas, álamos blancos, ...; y 4 fans. y 11 cels. de tierra calma. Además, de un caserío y una casa. Así como los muebles, metálico y ganado de las fincas de *Jarata* y *Dos Hermanas*, que junto con el *Cortijo de Guta* estaban arrendados.

-Urbanos: una casa en la calle Nueva de la Laguna de Sevilla; un tercio de casa en la calle Juan Díaz de Montilla; un tercio de bodega en la calle Juan Díaz, con sus existencias; una casa en la calle Juan Díaz; y una casa en la calle Don Gonzalo de Montilla.

-Otros: un censo sobre los propios en Antequera y 30 acciones del Banco de España<sup>120</sup>.

Sin duda, en el último tercio del siglo los más beneficiados de las circunstancias familiares fueron los Alvear-Gómez de la Cortina. Catalina de Alvear y Ward realizó varias ventas a sus hermanos, por lo que los De la Cerdá-Alvear quedaron apartados de las propiedades rústicas y, de su parte de casa familiar y de la bodega. A esto, debemos sumar que de los cuatro vástagos de los Alvear-Gómez de la Cortina, Luisa falleció antes del reparto, María de la Asunción (monja) recibió un 3% de su hijuela como renta anual y Candelaria -condesa de Aguiar- murió sin descendencia, por lo que el patrimonio no se disgregó, siendo el gran beneficiario el conde de la Cortina, quien, también, al morir sus tías Sabina y Candelaria solteras, reunió buena parte de los bienes de la anterior generación, los cuales iría incrementando paulatinamente<sup>121</sup>.

No obstante, las suculentas ganancias bursátiles y de la exportación de vinos se reorientaron a la compra de

<sup>116</sup>A. N. M., División de bienes ante Francisco Solano de Arjona, libro 387, fols. 850-905.

<sup>117</sup>La familia Alvear adquirió diversas fincas procedentes de la desamortización eclesiástica. Véase nota 58.

<sup>118</sup>Las ventajas del ferrocarril para la exportación de productos agrícolas y mineros, y la importación de ultramarinos no pasaron desapercibidas para los Alvear, siempre interesados por los adelantos técnicos, siendo asegurados por Enrique de Alvear y Ward, quien años antes de su llegada a Andalucía manifestó:

«[...] Córdoba y toda su provincia sería por medio del ferrocarril un puerto de mar. Al hermoso puerto de Málaga vendrían de nuestra provincia todos nuestros productos, ya sean granos, ya sean semillas, ya sean ganados, ya sean mineros, o bien los creados por el ingenio e industria del hombre. Ninguna otra los puede dar ni más baratos ni mejor, somos solos y exclusivos. Tenemos la venta segura y garantizada por el comprador. No tenemos oposición de ningún género [...]. Por el contrario, en nuestros pueblos y en nuestra provincia carecemos de miles de efectos, que si no son necesarios para la existencia del ser humano, sí útiles y convenientes para su bienestar y comodidad, y muchas veces tenemos que pasar sin ello o pagar un precio exorbitante -azúcar, té, café, cacao-, ¡pues qué diremos del pescado? Los meses enteros se pasan sin que en nuestros pueblos se coma ni se pruebe [...] ¡qué de ventajas no sacaría Málaga, no sólo de nuestros productos, granos, semillas, caldos, frutos, hortalizas y ganados, sino también de los mineros?»

El *Correo de Andalucía*, 27-VII-1852. Apud E. AGUILAR GAVILÁN, op. cit., p. 24.

<sup>119</sup>Sobre las actividades vitivinícolas de los Alvear en el siglo XIX (actividad industrial, instalaciones, existencias, precios, variedades de productos elaborados, comercialización, compras, gastos, ingresos, inversiones, ventas, etc.) véase el detallado estudio de F. J. FUENTES GARCÍA, «Vinedo y comercio de vinos en Córdoba: las bodegas Alvear en el siglo XIX», *Revista de Estudios Regionales*, 42 (1995), pp. 87-129.

<sup>120</sup>A. N. M., División de bienes de Francisco de Alvear y Ward, ante Antonio de Góngora y Palacio, 25-II-1895, libro 129, fols. 490-535.

<sup>121</sup>Como ya hemos comentado entre las propiedades agrarias destacaban los arrendamientos de tres inmensos cortijos -*Guta*, *Dos Hermanas* y *Jarata*-. A principios del siglo pasado Francisco de Alvear y Gómez de la Cortina compró el de *Dos Hermanas* en Montemayor, con 1.836 fans. de tierra, perteneciente a los sucesores del duque de Frías, adquiriéndola en dos partes, la primera en 1917 y la segunda en 1917, y tomando como parte del precio convenido el préstamo hipotecario que el comprador poseía sobre ella. Cfr. J. NARANJO RAMÍREZ, *La propiedad agraria en dos señorías cordobesas: Fernán Núñez y Montemayor*, Córdoba, 1991, pp. 262-6.



tierras nobiliarias, restando capital al desarrollo industrial y a los incentivos financieros de la bolsa.

Desde luego, la estrategia, ya iniciada por las generaciones precedentes, de los Alvear y Ward de mantener sin dividir el patrimonio incluso después del fallecimiento de sus progenitores, ocupándose los hermanos varones de su administración, así como la soltería y la muerte repentina de varios de sus miembros sin descendencia, hizo que las abundantes propiedades familiares no sólo no se redujeran, sino que se fueran incrementando a lo largo del siglo XIX, fortaleciéndose, a la vez, la rama que había fructificado con hijos, es decir, la línea masculina de los Alvear-Gómez de la Cortina (teniendo en cuenta que la rama de los De la Cerda-Alvear se cortó en la segunda generación), que llegarían a principios del siglo XX muy enriquecidos, aunque mostrándose mucho más conservadora en sus intereses económicos, retrayéndose a la adquisición de bienes rústicos en su lugar de origen, Montilla y sus cercanías, y a potenciar su bodega.

Así pues, la privilegiada situación económica de los Alvear y Ward, que les permitió desempeñar a varios de los miembros de la familia cargos políticos sin remuneración, no se debió a lo obtenido de forma directa por ocupar puestos públicos, sino por lo que heredaron, por los beneficios de la desamortización y del arrendamiento de tierras señoriales, y por la utilización de la estrategia de mantener unido su patrimonio, logrando a través de la utili-

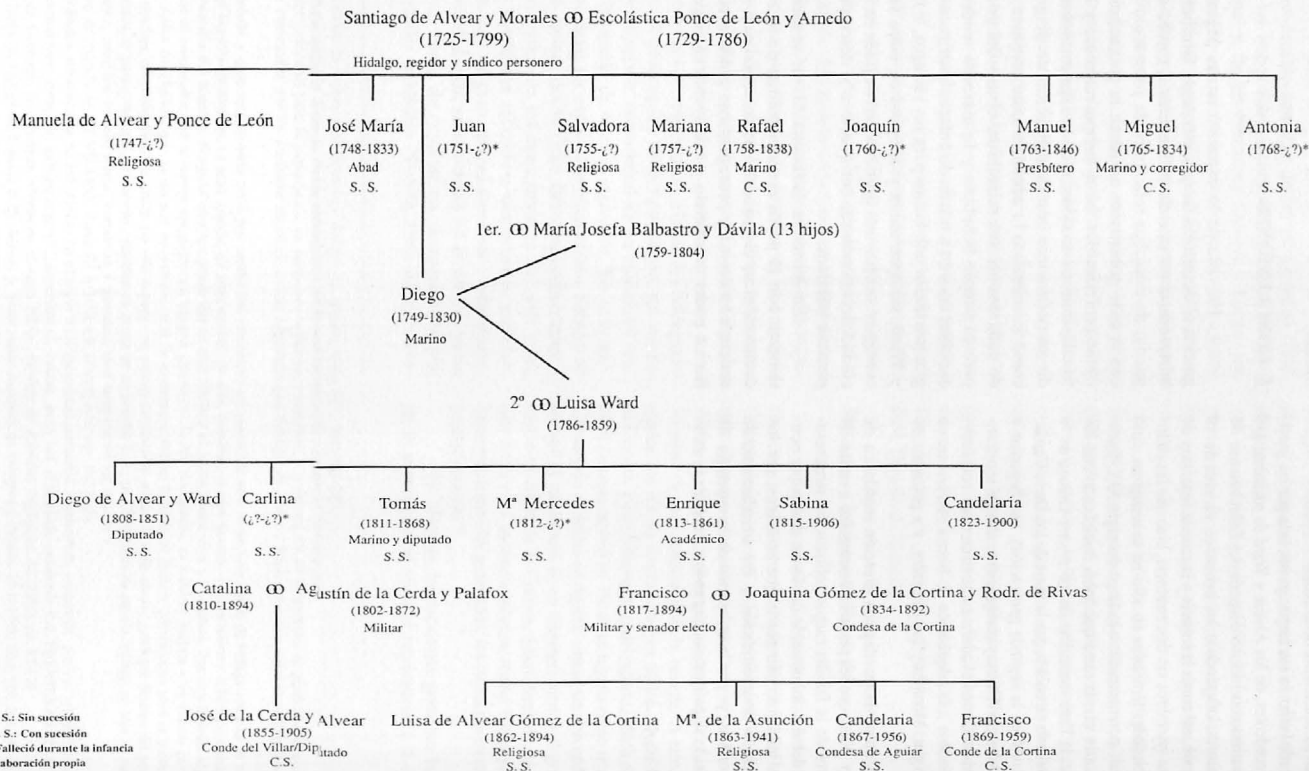
zación de su poder acrecentar y fortalecer su enriquecimiento.

## 5. CONCLUSIONES.

En vista de lo expuesto en las páginas anteriores, gracias al desarrollo de una estrategia familiar basada en la búsqueda constante de influencias a través del establecimiento de estrechas relaciones de parentesco y clientelares con la elite gobernante nacional, la potenciación de las carreras profesionales en el campo castrense y la política, el fortalecimiento económico de la saga manteniendo sin dividir su patrimonio con la utilización de diversas fórmulas como la soltería o la administración conjunta de los bienes de cada uno de sus miembros, el uso del poder adquirido para su propio beneficio y la marcada tendencia hacia el ennoblecimiento a través de enlaces matrimoniales hasta lograr tres títulos nobiliarios para sus vástagos, la familia Alvear y Ward, siempre unida y apoyándose entre sus miembros, consiguió ocupar una posición privilegiada en la clasista sociedad decimonónica, enriquecerse y desempeñar diversos puestos públicos.

En definitiva, la familia Alvear se identifica perfectamente con el perfil prosopográfico de la elite española decimonónica, el reducido grupo social que aunó preeminencia económica y protagonismo político para desempeñar un poder omnímodo y excluyente en el país.

## ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA ALVEAR Y WARD



S. S.: Sin sucesión

C. S.: Con sucesión

\*Falleció durante la infancia

Elaboración propia